LA ACADEMIA

AÑO III. TOMO V — MADRID 30 DE MAYO DE 1879 — NÚMERO 20

AL PÚBLICO

Con pena que nos quebranta el corazon al renunciar necesaria y fatalmente á esperanzas noblemente concebidas al calor de la inteligencia y el trabajo, nos despedimos hoy de los señores suscritores á LA ACADEMIA. *No nos faltó fuerza de voluntad, ni amor á las letras y á las artes, á cuyo culto erigimos dignas aras en este gran monumento de honra patria, para que vinieran á ofrecer en ellas sus grandes sacerdotes los ópimos frutos del talento y á quemar en su fuego sacro el incienso purísimo del genio. Pero nos faltó el capital, confesion que puede hacerse sin rubor, despues de haber consumido toda una fortuna.*

No hemos hecho poco, sin embargo, si, luchando con dificultades más duras que inclemencias del cielo y de la tierra, porque algunas fueron intrigas y áun perfidias, logramos levantar LA ACADEMIA *á la altura de las primeras publicaciones de su índole en dos años apénas. Pero ya no podemos hacer más, como hubiéramos hecho en mejores circunstancias, segun nuestro propósito y gusto, hasta poner la nuestra sobre la primera Ilustracion de España, de Europa y áun del mundo; y heridos de profundo despecho, con verdadero pesar en el alma y hasta con lágrimas en los ojos, nos declaramos vencidos, aunque sin temor al vituperio, ni ménos al deshonor, porque hemos luchado bien y caemos sobre nuestro escudo.*

Al cortar aquí nuestras relaciones con el público, cortamos algo de nuestra existencia; pero á lo ménos quépanos la alta honra de haberlas mantenido.

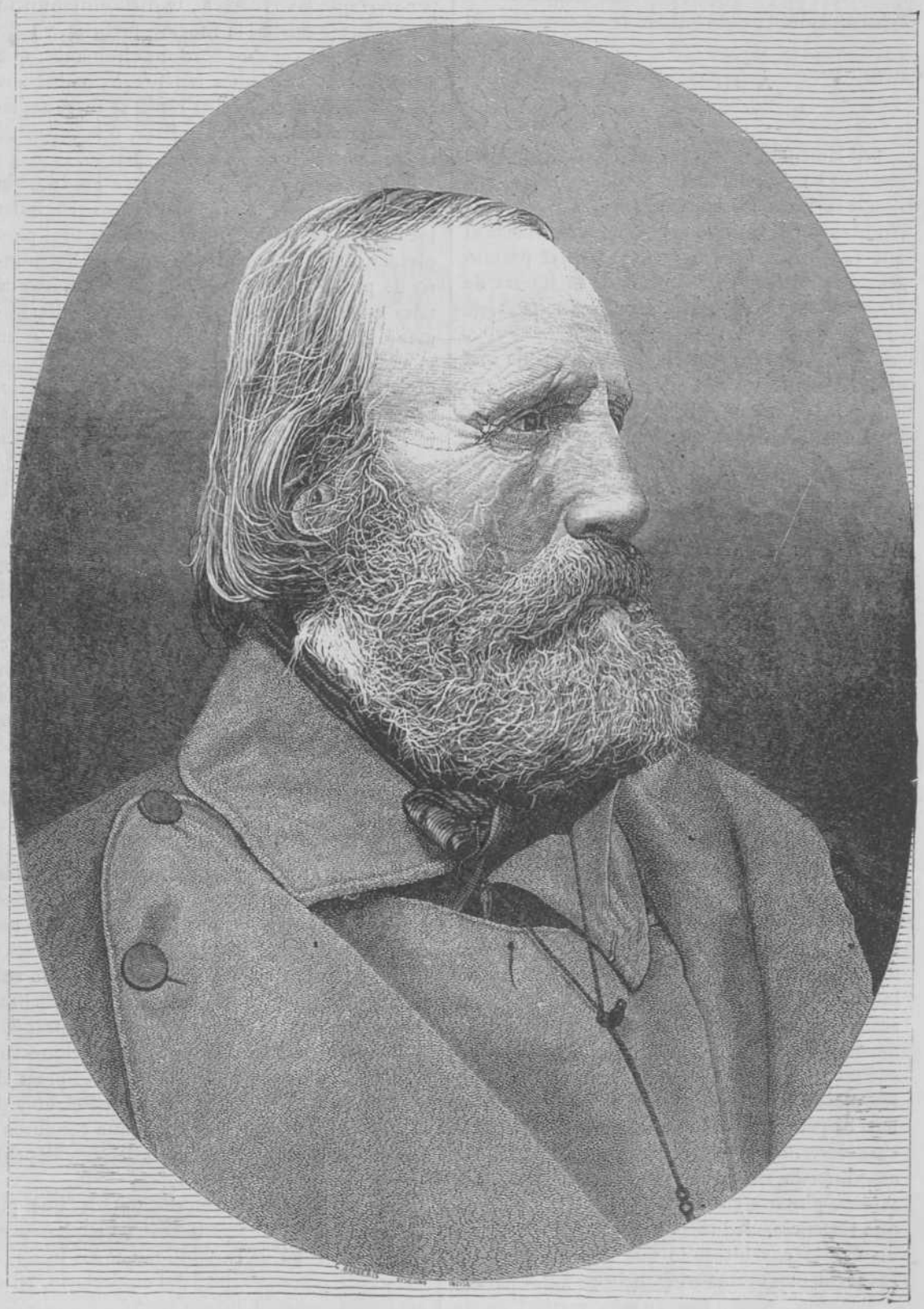
Con nuestro último saludo enviamos las gracias que les son debidas á los ilustres literatos y artistas, que han dado esplendor al periódico, poniendo todos y cada uno de ellos en sus páginas el sello de sus felicísimas inspiraciones.

Enviamos tambien gracias debidas á nuestros amables suscritores por la generosidad con que nos han ayudado y por la benevolencia con que últimamente han dispensado nuestras faltas, contrarias siempre á nuestro buen deseo.

En cuanto á nuestras obligaciones pendientes con ellos, procuraremos subvenir á satisfaccion de todos con algun tiempo de respiro, si es que no somos ya indignos de esta última condescendencia.

Barcelona 23 Junio de 1879.

EMILIO OLIVER Y C.ª



GARIBALDI

SUMARIO

TEXTO

A Heráclito, por *Demoráclito*. — Alí-Bey, (V), (conclusion); por *Federico Valcárcel*. —De algunas palabras y frases anticuadas que áun son de uso corriente en la provincia de Salamanca, (IV), (conclusion); por *Rafael Luna*.—Recuerdos de Lisboa. El pintor Lupi. La galería del vizconde Daupias, (conclusion); por *Claudio Boutelou*. — Hemos adelantado, por *Enrique G. Bedmar*.— Guerra á muerte, (conclusion); por *F. Moreno Godino*. —Juez y testigo. Cuento, (poesía), (conclusion); por *Cecilio Navarro*.—Garibaldi.—Guillermo de Prusia.—Excelentísimo señor don Adelardo López de Ayala.— Los pájaros y el estío. — La novia de Corinto. — Dionisio y Ariadna.

GRABADOS

Garibaldi.—El emperador Guillermo.—Excelentísimo señor don Adelardo López de Ayala. Dibujo de *Ricardo Balaca*. Grabado de *Celestino Sadurní*. — Bellas Artes. Los pájaros y el estío. Composicion y dibujo de *Giacomelli*.—La novia de Corinto. Bajo relieve de *Pablo Müller*.—Dionisio y Ariadna. Fronton del teatro de Dresde. (De fotografía).

Á HERÁCLITO

Tus lamentaciones ¡oh caro Heráclito! sobre este país van picando en molestas; y tanto, que si se exprimen las epístolas en que las estampas, dan por jugo frases para acongojar hasta al que la fortuna haya agraciado con el premio *gordo*, como aquí llamamos, de la lotería de Navidad, motivo tambien, sea dicho de paso, de tu luctuosa censura.

¡Pobre Nacion, triste Hacienda, horrible mal el de la empleomanía, desventurado achaque el de la política; política bastarda de miras interesadas la que hacéis, viciada atmósfera la que respira la administracion, mezquino criterio al que sujetáis las más arduas cuestiones!....

Y no prosigo porque faltaríame tiempo, papel y paciencia para contestar tu última sobre nuestra diversion favorita que mata penas y ahoga pesares, trocándolos en animacion, esperanza y dicha. ¿Esperanza de qué? ¿Por qué dicha? me preguntarás. Esperanza de emociones, dicha por la esperanza de que un bruto de bravura, hábilmente convertido en fiera por el hombre, se vengue en el hombre de las privaciones que desde el nacer ha hecho pesar sobre su naturaleza; dicha, en fin, porque si el bruto es más diestro que los así llamados experimentamos la emocion de los contrastes al verle ganar en la lucha la condicion de racional que pierden los vencidos.

¡Oh Heráclito! no has presenciado nunca espectáculos tales, no has visto esos palenques en que la muerte asalariada, como dices, por una fiera que se llama público se cierne sobre la vida hasta señorear la arena ó quedar en acecho de ocasion análoga. Hablas, pues, de memoria, ó te haces eco de esos Aristarcos insufribles que se obstinan en censurar lo que no les place; y de aquí tus repetidas lamentaciones. Si presenciaras la fiesta, no una, sinó muchas veces, otras serían tus palabras. ¿Y cómo describírtela sin concretarla á una localidad? ¿Cómo pintarte sus rasgos característicos para que sintetices, deduzcas y comentes? Sólo veo un medio considerando que aunque varia en los accidentes es una en esencia en todas partes.

Imagina, pues, una cucaña vertical en la meseta más elevada de la Península Ibérica, ó mejor y más claro, donde se asienta este Madrid, un tiempo «*castillo famoso, que al rey moro alivia el miedo*,» y hoy famoso canastillo de distinguidos toreros... Y ya que has de imaginar, fantasea la altura de la cucaña hasta que acurrucado tú en su extremo, domine tu mirada desde los montes Pirenáicos á las columnas de Hércules. Traslada tu mente á uno de esos días en que la naturaleza se complace en despejarnos la inmensa bóveda matizada de intenso y puro azul, para que las españolas alcen sus ojos y pueda el cielo contemplarlas embebecido; para que los españoles puedan tomar el sol en la puerta de este nombre, sita en el medio de su territorio y continuar haciendo tiempo, que si no es lo más difícil que se hace, debe ser el trabajo más lucrativo, demostrado como está que «el tiempo es dinero...»

En día tal, léese en el almanaque: «Santos Pedro y Pablo, Apóstoles» y en las esquinas de las principales ciudades de España «*Toros de muerte*.»

Esa inmensa muchedumbre que hormiguea por las calles apretándose, codeándose, pisándose, estrujándose, cada vez que abre paso á los vehículos de todas formas, edades, colores y tamaños que las recorren, te diría sin anuncio previo que se celebra la funcion favorita, y te lo confirmaría el ver esos cordones humanos, que á manera de serpientes culebrean, embeberse en sendos circos, cual si el reptil se fuera replegando hasta entrar en su cabeza, ó la cabeza se tragara poco á poco su propio cuerpo.

Tal fenómeno, me dices, no se produce sin haber aumentado la víspera muchos renglones los libros de entrada de las casas de usura; pero olvidas que tambien aumentan los de los montes de piedad, redundando así en beneficio de tales establecimientos la diversion que ligeramente censuras, y que una de las celebradas en el año en esta coronada villa dedícase á la beneficencia, por lo cual échase, como suele decirse, el resto, corriéndose dos toros más y áun tres, si el sol, aburrido ó ahito, no horrorizado cual crees, no se ocultara en el horizonte; luciendo los diestros sus mejores galas, y emulándose la aristocracia femenina en los lazos y moñas, que despues de adornar las fieras, ó de simularlo, son presentadas al público, juez y árbitro en este pugilato de caridad, no de vanidosa inocencia como supones.

Las damas principales, empapadas ya en el misterio que representa el sacrificio divino consumado en el Calvario, fortalecidas algunas con el santo pan de la Eucaristía, y practicada por casi todas la caridad bajo algunas de sus manifestaciones, vénse en descubiertas y lujosas carretelas, si el espectáculo es en la capital de España, lucir sus riquísimos, airosos y nacionales tocados que cobijan caras, si no tan clásicas, más picantes que las que inspiraron á Fídias, mejor sazonadas que las modelos de Praxíteles, más picarescas que las *que te reconciliaban con el mundo en Efeso*. Brutos frisones, alemanes ó ingleses, que solamente brutos podrían no volver los ojos, arrastran los coches donde la belleza de este suelo se ve en maridaje con la extranjera industria, representada por las guarniciones con que se atalajan los troncos, por las libreas de corte inglés que visten los hijos de Pelayo y de Favila, por los *clarens* ó *brecs* que conducen á los sucesores de Romero, Costilláres y Pepehillo al lugar de su faena.

El sol divide al circo en dos mitades que, por la tenacidad de nuestro inconsciente planeta en seguir su órbita, la instabilidad de las localidades y la irresponsabilidad del empresario, en su carácter de español, no son siempre como indica el billete ni el precio el que marca el mismo, sinó el que denota un instrumento locuaz llamado revendedor que gradúa la aficion del día con la precision que el termómetro la temperatura.

Excuso decirte que el sol, cual otras tantas cosas bellas, es más para nombrado que para recibido, sobre todo en la estacion propia de la fiesta. Por ello, á los que administra plena justicia, que procuran mitigarla con grandes abanicos, no hay que preguntarles su voto acerca de la diversion.

Va aproximándose la hora de celebrarla, despéjase el área de la gente que en la arena pulula, el presidente que en todas partes lo es el Alcalde ó íntegra la autoridad municipal, agita su pañuelo, vibran el aire los sones de unos clarines, y dos caballeros en las funciones ordinarias ó cuatro en las extraordinarias, que son las benéficas ó caritativas, recorren la periferia, convergen al extremo del diámetro, y siguiéndole retroceden al punto de partida, levantados sus caballos al galope. Uno de ellos vuelve á la arena, hace piafar su corcel ante el presidente, de él recibe una llave, á veces ántes el golpe de ella que le deja convencido del axioma sobre la pesantez de los cuerpos segun la altura, y la entrega por pura fórmula al encargado de dar salida al animal que da nombre á la fiesta.

Y tambien aquí ensañas tu censura, ¿tú, Heráclito, amante de la libertad, y por ende del principio autoritario, cuándo en esta fórmula se concilian maravillosamente ambos principios? ¿Qué otra cosa significa sinó que la autoridad entre nosotros tiene tal grado de poder que no sólo va á permitir que los ciudadanos griten cuanto puedan sus pulmones, gesticulen con toda la elasticidad de sus fisonomías, golpeen sus garrotes con todas las fibras de sus músculos y emitan sus ideas con toda la espontaneidad de una expresion sincera y sin dolo, sinó que va á poner á un animal en la plenitud de su autonomía, limitada solamente por el perímetro de la plaza; que límites ha de tener siempre la libertad bien entendida?

¡Y á esto llamas soltar dos fieras! ¡Fiera un público que movido por los mejores fines acude presuroso al llamamiento siempre simpático de la beneficencia! ¡Fiera por demostrar desde las localidades el valor que deben desplegar los que giran en torno de la muerte! ¡Fiera por la cantidad de libertades que se toman, que nunca es tanta como la que reciben allí para su uso ó consumo! ¡Y decirlo tú que tanto has llorado sobre las libertades perdidas de Aténas, de Esparta, de Lacedemonia! Si las espartanas animaban á sus hombres con la frase «vuelve con el escudo ó sobre el escudo» ¿cómo extrañar que nuestros hombres hostiguen al torero á no volver el rostro á su enemigo ó á desafiar su fiereza, á salir, en suma, con la carretela ó sobre la camilla? Y cuenta que tus compatricios iban á matar hombres, miéntras que aquí se trata de quitar la vida á un bruto; que en el primer caso se autoriza la muerte por la espalda y en el segundo se prohibe la alevosía; y aunque concluyas con que vuestra frase es la exaltacion del amor patrio, y la nuestra la parafrasees con la equivalente *sé más bruto* que el bruto, no lograrás persuadirnos de otra cosa sinó que la diversion no es más humana que la guerra.

Fuerte y descompasada gritería, en que aplausos y silbidos demuestran la libérrima manifestacion del pensamiento, rompe los aires con ondas tan vibrantes cual las de fragosa tempestad. Prodúcela la aparicion en la arena de un vistoso y ordenado grupo de hombres á pié y á caballo, vestidos aquellos de seda y oro ó plata, estos de plata, oro y fieltro, que atraviesa el anchuroso circo á paso de marcialidad tauromáquica, descúbrense al llegar al pié del balcon donde tú crees que debe hallarse la autoridad

á juzgar tan sólo por el escudo de su colgadura, y no dicen cual supones:

« Señor Alcalde, morituri te salutant, »

sinó que lo limitan á un movimiento ligerísimo de cabeza pensando cada uno lo que ni tú ni yo sabemos.

Dos de los jinetes toman sendas varas rejonadas cuyos filos examinan con el pulgar y el índice remojados á veces en jugo gástrico, y al galope de sus caballos, permíteme la denominacion, apóstanse en la periferia del circo á distancias proporcionadas en tanto que los de á pié cambian sus capas lujosas por otras que ya conocen aquellos terrenos, tómanlas por uno de sus ribetes inferiores, las pliegan sobre el brazo, y á media carrera dirígense hacia el lugar donde esperan *algo* los jinetes.

Este *algo*, me dices, que respira, ve, come, bebe y necesita de movimiento, hállase paciente entre cuatro tablas sin comer ni beber ni ver luz, ni permitirle moverse sus propias defensas, reflexionando por primera y única vez en la ley del contraste que le sustentan cuatro piés en el suelo, y nada más que dos á los que allí le han llevado con malísimos modos. Pero, amigo Heráclito, considera que á trueque de un mal día han gozado por cinco ó seis años de regalados mimos, recibido la cuidadosa y varonil educacion de los héroes y librádoseles en largos periodos del contagio de las hembras, con lo cual entre muchos males se les evita la afeminacion de costumbres, y se les da fortaleza, pujanza y bravura, como perlas de la triunfal corona que ganan en este acto y que la fama ha de pregonar haciendo gemir las prensas en ilustradas publicaciones, en vistosas fotografías, en acabados cromos.

¡Qué más podemos hacer por estos séres que su panegírico cuando ya no son!

¡Que está impaciente! Ya sabemos que quien espera desespera, y aquel sér, que sólo aguarda la autorizacion competente para usar de su autonomía, merecerá tus censuras si no la emplea cual tú desearas, sin parar miéntes que por reconocer la autorizacion el mismo orígen que la del pasaporte ó cédula de vecindad de cualquier respetable ciudadano alega idéntico derecho á usar de sus astas que el documentado de sus piés para trasladarse de uno á otro punto.

Más limitado, como verás luégo, es el de los hostigadores; jurisprudencia bien entendida, porque de entre dos enemigos justo es que la ley ampare al menor de edad.

Agita por fin su pañuelo el presidente:

Sale el toro del toril
Y á Tarfe tira por tierra,
Y luégo á Benalguacil,
Despues con Hamete cierra
El temeron de Conil.

Cambia tales nombres por los de Melones, Chuchi y Calderon el de la garrocha, y ya sabes lo que la suerte depara por lo comun á los Tarfes, Benalguaciles y Hametes de hoy. Si el toro es bueno, y más bueno debo advertirte es para nosotros el toro que para tí sea más malo, ¡oh! entónces, caro Heráclito, las sensaciones se multiplican, las emociones se suceden, acrece la algazara, el entusiasmo raya en lo febril, y el público radiante de gozo, ebrio de alegría, prorumpe en desaforados gritos como desfogue eléctrico de su delirante aficion.

¡Qué embriagador espectáculo el que ofrece la plaza! Un picador volteado que al dar con la cabeza en tierra semeja un barquillo servido en plato de entrada, otro que entre cuatro hombres es conducido fuera, el caballo del uno desangrándose en el suelo con el estertor de la agonía, el del otro desahogando en desatentada carrera su intenso dolor, colgándole sus entrañas palpitantes é intestinos que desaloja de inmundicias y sigue arrastrándolos informes por la arena, los de á pié sacando al toro de la suerte hasta burlarlo ó ser burlados, un picador sobresaliente recibiendo á su vez la embestida y cayendo debajo del volteado y herido caballo; y el público con gozo febril dando á sus pulmones elasticidad hasta la ronquera, apostrofando al contratista, apostrofando y tirando naranjas ó alcarrazas ó cántaros á los diestros, apostrofando por último á la autoridad con espontánea franqueza, sin pararse en dictados, sin escogitar palabras, sin medir frases, que todas son viables y áun plausibles, porque en alguna parte habría de demostrar el pueblo que es plenamente soberano.

¡Qué animacion, Heráclito amigo! ¡qué cuadro tan característico y acabado de los tiempos heróicos! ¿Y qué hay en él de censurable? Si todos caen, todos se levantan para volver á caer, ménos el caballo, me objetas, que prefiere quedar en el sitio para no ver más lo que á su irracionalidad no había ocurrido que pudiera acontecer en una fiesta.

Pero tú lo dices: ¡Cómo se le ha de ocurrir esto á un irracional? ¿Ni qué miramientos procuras para unos animales? Los tenemos para el picador ó diestro herido, dejándole ir ó ser llevado á la enfermería sin exigirle la reaparicion en los casos en que absolutamente pueda continuar la faena. ¿No se reconoce nuestra sabia prevision al recordar que en el teatro de los sucesos hay siempre médicos, botiquines bien surtidos, instrumentos de cirujía, cuanto, en suma, constituye el auxilio de los heridos y áun el ministro del altar cristiano para ayudarle á bien morir? Pues si todo lo tenemos previsto ¿con qué fundamento nos censuras cuando ademas en los casos de muerte solemos los aficionados promover la caridad por medio de otra *corrida* para socorro de la viuda é hijos del difunto, sin que un nuevo trance en el benéfico medio fuese óbice para volver á emplearlo dos, tres y más veces?

¿Y no tienes una frase de elogio para el hombre que afronta en tantas y tan continuadas ocasiones el bravo empuje de una fiera?

Recuerdo haber leído en un periódico escrito en extranjero idioma el caso de un matachin que ofrecía al público sus servicios mediante la siguiente ó aproximada tarifa:

1.º	Por dirigir una frase insultante á quien se le ordene.	100	francos.
2.º	Por una puñada en la caja del cuerpo . . .	200	»
	Si ha de ser en la cabeza	400	»
3.º	Por un puntapié entre los dos faldones del frac ó levita	800	»
4.º	Por una estocada leve	1600	»
	Por una grave	3200	»
	Si causa la muerte . .	6400	»

¿Pues sabes por cuánto se ha puesto muchas veces el jinete de fieltro delante de una fiera y de otras cinco que pueden estar de peor humor? Próximamente por la segunda cantidad de la expresada para muy diverso servicio en la tatifa.

Aquí el valor está, pues, mucho más barato; en ello sé que se conforman nuestras opiniones. Y reflexiona que el picador está entre dos fieras, segun tú las calificas, que cuando la una amansa la otra embravece, amparada á mayor abundamiento por la ley, que en forma de ministril, le obliga á embestir al que ya no lo hace, en tu opinion por el convencimiento adquirido de que no es él la fiera más principal.

Por supuesto que la ley no estan mansa como te parece, que tambien tiene previsto el caso de que el animal muestre aquel convencimiento, y aunque en honor de la verdad no consiga corregir, que es el objeto de ella, logra castigar la docilidad de la naturaleza, con aplauso de un público refractario á la mansedumbre.

No creas en esa cuchilla en forma de media luna y así llamada, con que se desjarreta al toro. Esto lo hemos desterrado de los circos de las capitales cultas, aparte de que su aplicacion no constituía castigo para el toro, hablo de castigo moral en lo que afecta al honor y fama, sinó para el torero, por más que supongas en miéntes de éste el conocido dicho « ahí me las dén todas. »

Tambien hemos abolido el uso de los perros de presa, privándonos de la lucha de estos animales para dejar más tiempo á la del torero.

El no haberse desterrado de todas, te da pié á otra lamentacion. « ¡Tal premio alcanza la mansedumbre de un animal nacido para ayudar al hombre en los trabajos de la tierra, símbolo un tiempo de veneracion de un pueblo civilizado, y tal recompensa la noble fidelidad del otro que convierten en su enemigo! »

No parece, Heráclito, sino que debes el sér al suelo de los Faraones, viendo en cada toro un buey Appis. Donde no se desean bueyes, ¿cómo extrañar que al que semeje sus condiciones le curen sus achaques por uno de los dos sistemas mencionados, el uno derivacion de la alopatía ó como si dijéramos ventosas sajadas; el otro de la homeopatía, por la aplicacion de símiles, aunque en dósis macizas del tamaño de perros de presa, por lo cual pudiera llamarle *perropatía!*

En cuanto á la ayuda que el buey presta al hombre para ganar el pan con ménos sudor de su freute, pregunta al empresario de esta plaza si le han dado pan los toros sin más sudores que los que los rayos solares producen durante el trayecto á la plaza. Tanto le han dado que de Casiano ha llegado á ser casi omnipotente, como demostró en cierta fecha que dándole pábulo á mayor ganancia el astro del día lo mandó suprimir con este edicto.

« De órden de la empresa no *ay oy sol.* »

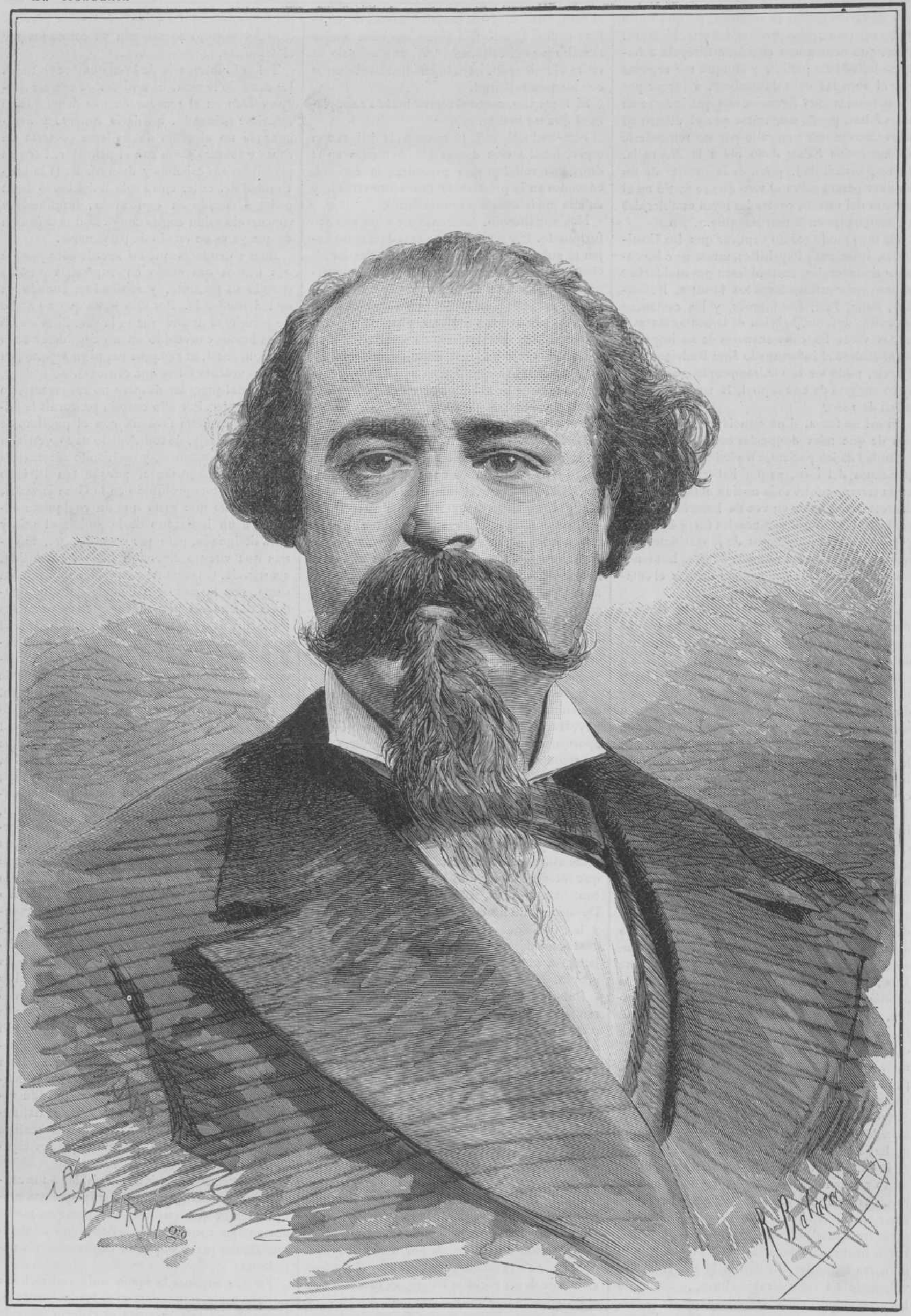
Y realmente no quiso asomarse por no confesar que no sabía leer, si tropezaba con el *firman.*

Aunque te hayan escrito que el castigo más usual del toro que no cumple su obligacion es quemarlo, no tomes la palabra en tal sentido que te traiga á la memoria un Tribunal de pasados tiempos. Podrá ser tostado, mas no en hoguera ¡que nuestra rectitud no consentiría mayor castigo que la entidad de la falta! y como la falta consiste en la ridícula pretension de un irracional de mostrarse racional, pareciendo así que trata de usurparnos esta condicion, no debe extrañarte que la castiguemos y sin gracia de indulto, considerando sobre todo el ejemplo fatal que su impunidad sentiría entre los muchísimos de su especie llamados á ser protagonistas de la diversion.

Nuestra equidad, por otra parte nos aconseja siempre la más perfecta armonía entre el deber y el derecho; tanto que si el toro falta en absoluto á su deber, es ignominiosamente arrojado entre silbidos del palenque del honor, pastando ya toda su vida la yerba bajo el peso de la deshonra; pero si cumple siquiera medianamente ó con morosidad no le negamos nunca los honores de la muerte, ni por supuesto el derecho de matar al diestro que no lo haya sido tanto como él.

No hay, pues, la sevicia que supones, ni tampoco los peligros que fantaseas en los quites, banderillas, pases y demas suertes y trasteos

Guillermo Rodríguez



EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

Dibujo de Ricardo Balaca. Grabado de Celestino Sadurní

que de varios modos se verifican, porque todas están sujetas á reglas precisas del arte. Siempre, pues, que ocurra una cogida, atribúyela á haberse faltado á aquéllas, y aunque me arguyas que el toro las debe desconocer, á juzgar por las ocasiones muy frecuentes en que incurre en estas faltas, puede asegurarse que el diestro en tales casos muere tranquilo por no remorderle su conciencia haber dado pié á la desgracia. La responsabilidad, pues, de la muerte de un hombre pesará sobre el toro que se metió en el terreno del torero, contra las leyes establecidas y consignadas en la tauromaquia.

De otro modo ¿cómo explicar que los Costillares, Romeros y Pepehillos, maestros é inventores de las reglas, sucumbiesen por olvidarlas? ¿Cómo sus continuadores los Montes, Redondos, Sanz, Just, Dominguez, y los coetáneos sucesores de éstos, habrían de lamentar tantas y tantas veces las consecuencias de su imprevision? ¿Cómo el infortunado José Rodríguez, (a) Pepete, pudo ser la víctima propiciatoria en el circo antiguo de esta capital, la tarde del 20 de Abril de 1862?

Si así no fuera, si no estuviéramos persuadidos de que tales desgracias ocurren contra la voluntad de los pacientes ó víctimas, y siempre por causa del toro, ya por habérseles entrado en su terreno contra toda nocion del arte, ya por derrotarles al bulto en vez de hacerlo al trapo cual cumplía, ó por arrancarles fuera de tiempo; ¿crees que habríamos de ir sacrificando á nuestra diversion tal número de séres humanos y muchos más con que pudiera acrecer el catálogo?

¿Y Cárlos del Puerto? ¿Y Canet? me dices; el uno que encuentra la muerte acosado por esa fiera que cubre las gradas, y en cumplimiento de un mandato de la autoridad supeditada á ella; el otro por su inexperiencia conocida, y me lo dices para concluir con que «maestros y discípulos, inexpertos y experimentados sufren suerte igual y bárbaro é inhumano fin en esta fiesta repugnante rechazada por la cultura, por la civilizacion, por la moral, y sobre todo, por la santa, bendita y consoladora religion del Crucificado».

Son tus palabras, palabras fuertes, Heráclito iracundo, para dirigidas al pueblo cristiano por excelencia en el orbe católico. Ni quiero ni debo tomarlas en serio, al considerar que así el pueblo como lo más elevado de nuestra sociedad, son las clases más adictas á la fiesta. Censuras agriamente que al ocurrir un trance desgraciado no se despeje espontáneamente aquel sitio donde la muerte ha triunfado de la vida de un sér humano, prójimo y hermano nuestro ante Dios, ya que presenciamos con impavidez la agonía de animales nobles y utilísimos al hombre, que se presentan inermes en esta desigual lucha, y ya que veamos sin horror brotar á caños la sangre de séres vivientes, sin repugnancia las entrañas palpitantes al aire libre, pendientes de los cuerpos que organizaban, sin náuseas las inmundicias de que las desahoga la convulsion del dolor, y añades: «¡pero qué! si el matador es muerto ó herido pruébase aquí que no hay hombre necesario al ver que el segundo de la cuadrilla toma el trapo y la espada, burla como puede la acometida del toro, una, dos, tres, cuatro ó más veces, pónese en postura de herir con el estoque apuntado al lomo de la fiera, truécanse los papeles embistiendo el hombre al bruto, la espada se embota en el hueso, la fuerza muscular del herido la arroja al aire volteándola á considerable altura, y cae sobre los espectadores conforme á las leyes de la mecánica, no á las de la humanidad. ¡No parece sinó que el arma, obligada á esgrimirse contra la fiera, busca en estos casos la mayor, ó que la fiera endosa la espada á quien reconoce mejor derecho para el calificativo! Y áun así solo se retira el lesionado, cuyo lugar dispútanle otros con afanosa solicitud.

Sí, Heráclito, como al torero herido reemplaza el que no lo está.

Pero mal satisfecha tu censura, la diriges con especialidad á esas damas amamantadas en la dulcísima religion que preconiza la caridad, educadas en la práctica de tan santa virtud, y en ella modelados sus sentimientos.

Más que filósofo, paréceme oir á un ascético furibundo. Por ser cristianas esas damas no bajan el pulgar cual lo hacian las vestales en los circos del paganismo, mas olvidas que de cualquier modo existe entre paganas y cristianas, una cualidad comun que es la paridad del sexo, quiero decir que son mujeres, y por tanto animadas del irresistible deseo de agradar. Y si en tocado y traje hállanse armonizados con las exigencias de la costumbre en aquel sitio, ¿cómo pretender que lo abandonen en el principio ó mitad de la fiesta?

Puede exigírseles, y sin trabajo lo hacen movidas de peculiar sentimiento, que en lo restante de la corrida distraigan su mirada de la arena para fijarla sobre uno ó unos de los espectadores, dado que desde el comienzo no la tuviesen fija, y si por acaso se aperciben de nuevo peligro, sin exigencia vuelven con rapidez el lindo rostro echando atrás el busto, y asomando por los claros de las rejas de su palco un pié que te habria de reconciliar con el mundo y con las fiestas que proporcionan tales vistas para endilgar tus lamentaciones al hado que te hacía filósofo y no zapatero.

¡Que aparte del peligro de vidas, y de lo cruento y repugnante del espectáculo, debieran alejar de él á las señoras las frases y palabras que, cual venablos de rebote en el circo, salpican en dulces rostros el bello carmin del pudor! ¡Ay, Heráclito! Si algunas te leyeran habrían de apostrofarte con una palabra que ignoras por no reconocer etimología griega ni latina, pero que puedes ver en nuestro último Diccionario entre *cursante* y *cursillo*.

Y á más de *cursi*, de impertinente, porque los conceptos no tienen más valor que el de la intencion, y la costumbre ordena que no se interprete allí nada en mal sentido. Á los toreros hay que interpelarles como á gente de casa, con la confianza posible, sobre todo con franqueza. De otro modo no entenderían lo que se les dice y les daríamos motivo de queja al tratarlos cual á los demás artistas que suelen ser extranjeros. Á cada cual debe hablarse en su idioma propio.

Pues las señoras que saben esto y no lo ignoran sus maridos, padres ó hermanos, ¡qué importancia han de atribuir á lo que se profiera en aquel sitio donde todo se matiza de un colorido especial!

El toro bueno es allí malo; las palabras malas son allí buenas; los ademanes miéntras más inconvenientes convienen allí más; y el público saturado de aquella atmósfera, toma sin extrañeza aquel colorido, como no extraña el que visita la gruta azul de la isla de Capri el color de cuanto penetra en su cavidad, y por mucho que afee el rostro de la mujer que le acompañe, no desmerece ante la conviccion de que al salir recobrará el suyo propio. Y aunque la comparacion no sea exacta por mediar alguna diferencia entre palabras punzantes y el inofensivo tinte de un peculiar reflejo, es lo cierto que si las mismas frases oídas con impavidez en los circos de toros, fuesen proferidas en otro lugar, verías colorarse los semblantes de esas señoras del bello carmin del pudor, cuando á prevencion del sonrojo no saliesen ya colorados por el del afeite.

Tal es la influencia de la costumbre en todos los actos de la vida. Si un hombre entrase *desapercibido* en el tocador de una dama que se estuviese peinando, quedaría confusa y avergonzada no obstante de hallarse cubierta de ropas y sobrecubierta con el peinador. Pero ya prendidos sus cabellos y desnuda hasta la proximidad del talle, entra sola ó del brazo de su padre ó marido en espléndido, iluminado y concurrido salon con la conviccion más íntima de que ya va en estado de presentarse.

Bien entenderás que así sucede sólo porque nos hemos convenido en suponerla vestida cuando se presenta, y vistiéndose cuando se está desnudando. Por ello hasta que no acabe no permite el decoro que se la vea. Pues en los toros hemos convenido en no considerar nada malo, ni cruel, ni repugnante, ni en reparar, en fin, las muchas faltas que censuras.

«El mal proceder de otros no excusa nuestro mal proceder. Por ello cuando procuráis legitimar vuestra fiesta favorita con el pugilato de los ingleses, léjos de conseguirlo os convertís en los primeros censores, y omitiendo ademas una circunstancia agravante, porque tan bárbaro espectáculo está prohibido en la Gran Bretaña, de tal modo que basta que un cualquiera advierta á un individuo de la policía el sitio y hora designado, para que no se celebre, miéntras que vuestra diversion hállase permitida, autorizada, tenazmente sostenida, cobijada, en suma, por la enseña nacional. Tampoco podréis defenderla por su comparacion con los ejercicios acrobáticos, que en estos hállase el hombre dentro de leyes conocidas y fijas, y difícilmente podréis sujetar á las mismas condiciones los instintos de fieras que no por ser de la misma especie se manifiestan siempre iguales.

»¡Un pueblo agrícola aplaudiendo esas hecatombes de animales útiles á la agricultura! ¡las mujeres más preciadas del mundo no ya en lo físico, sinó por sus condiciones morales, acrisoladas en lo más sublime de las virtudes, asistiendo á un espectáculo donde no tiene entrada, ni la caridad, ni siquiera la filantropía, ni la compasion siquiera! ¡la bandera del pueblo, por excelencia católico, ostentándose en los círculos taurinos cual si dieseis á entender que la menor agresion contra esas fortalezas de la barbarie interesaba á la honra de la patria!...»

No te seguiré por más tiempo en tus lamentaciones; cualquiera que las oiga é ignore la religion y patria que tuviste, tendríate por cristiano y español, que hoy no van en uno las dos cosas; y aunque juzgo que donde te hallas te habrás convencido de que la verdad no llegó aquí abajo hasta cinco centurias despues de la muerte que debiste á tus rarezas, y sabido allí que la sola condicion de español del actual periodo basta y sobra para ganar el cielo, ya sea contribuyente ó retribuído, tenedor de la deuda ó deudor sin tener, es lo cierto que áun tomando tú, por ver de ganarlo, carta de naturaleza entre nosotros, te muestras más realista que el rey, ó sea mejor patricio que los españoles.

¿Qué otra contestacion podría dar á tus censuras? ¿Pretendes, acaso, saber lo que nos conviene mejor que nosotros? Si á pesar de tantas desventajas conservamos la fiesta, ¿no es obvio que alguna razon poderosa contraresta tus objeciones?

Tú que supones la razon universal recibida por una aspiracion innata en todos los hombres, sujetando así á la mayoría al criterio sobre la verdad, pregunta, no al género humano, sinó

al de esta tierra que asiste á las corridas de toros, cuál es esa razon y ellos te la dirán.

Hay quienes creen y lamentan, como es de razon, que las funciones de toros concluirán por falta de diestros. No te engrías con tal juicio, formulado ligeramente más bien por el sentimiento que por la conviccion. Cierto que los toreros van faltando, cosa muy natural desde que van sobrando los toros, ó más claro, desde que los cornúpetos muestran desconocer la más mínima nocion del arte, conduciéndose en muchos casos con deslealtad tan notoria, que no queriendo circunscribirse á su terreno, se ven los toreros obligados á cederles el suyo ó tomar el de las astas. Pero ¿juzgas que no habríamos de conjurar tan lamentables consecuencias?

En todos los países, cuando las instituciones languidecen ó peligran hasta el punto de verse próximo su fin, levántase el espíritu de las clases, especialmente el de la que por muchos títulos marcha á la cabeza de la sociedad para buscar el remedio sin omitir esfuerzo, y sin curarse de haciendas ni vidas.

No te citaré, en corroboracion de esta verdad, ejemplos mil que registra la historia en todas las naciones. Sólo me cumple decirte, henchido de orgullo patrio, que nuestra aristocracia, inspirada en aquéllos, nos salvará del conflicto adiestrándose individuos suyos de clarísima estirpe en el noble arte de la garrocha y muleta, con tal fortuna que á veces sobrepujan á los maestros, sus amigos, con tan plausible afan y levantado entusiasmo, que si la suerte los abandona por un momento con perjuicio de su reputacion y buena fama, tiénense por confundidos y lloran como el rey Rodrigo su desventura, ó por menguados, sin que á sentir el mal trance le excedieran sus egregios ascendientes, cuando vencidos en campal batalla rompían espada y escudo, mesándose los cabellos y jurando «non yantar pan en manteles, ni con su mujer...» hasta no tomar venganza y lustrar de nuevo su mancillado honor.

No muestra menor ánimo el pueblo en los mataderos, escuelas del arte; y la aficion mantiénenla viva esas falanges de adolescentes que por calles, plazas y plazuelas simulan la fiesta con entusiasmo tan plausible, y sobre todo en el que remeda al toro, que si fueras transeunte de esta corte, aunque pertenecieras á la guardia de órden público, habrías de convencerte de su bravura y empuje, mal satisfecho con desfogarlos solamente en los rapaces concertados para el juego.

No acabarán, pues, mal que te pese, las corridas de toros, como tampoco concluirán esas otras corridas cuando *se arman las gordas*, que son tambien funciones características de un órden peculiar nuestro.

Ya ves que si no hay, en tu sentir, razon para mantenerlas, sobra aficion para fomentarlas, y ésta, por sí sola, constituye la razon de la sinrazon, que es por lo comun la más poderosa.

No se me oculta que todo lo dicho, y lo que pudiera decirse, te moverá á llanto; á Demócrito causara risa, y yo, que sin estar con ninguno de vosotros creo que todos tenemos algo de Heráclito y algo de Demócrito, cuando reimos llorando, cuando llorando reimos, ni rio ni lloro. Ni hace otra cosa que contestar á tu epístola,

DEMORÁCLITO.

ALÍ-BEY

V

Domingo Badía, que no sólo sabía las principales lenguas europeas, sinó que hablaba casi todas las orientales y especialmente el árabe, tenía, por decirlo así, refrendado el pasaporte para viajar por todas partes sin suscitar desconfianzas á los naturales, como quiera que á todos les hablaba en su propia lengua: sólo alguna vez lo hacía sospechoso la correccion gramatical con que se expresaba, si bien por otra parte no sentaba mal este otro esplendor á un príncipe tan fastuoso.

Así es que despues de haber estado en Marruécos, donde hizo todas las observaciones que convenían á la ciencia y á la mision secreta que llevaba, se trasladó á Trípoli, de allí á Chipre, de aquí á Nicosia, á Italia, á Larnaca, á Páfos, á Couclia; pasó luégo á Alejandría; fué al Cairo por el Nilo; visitó las pirámides; atravesó el Mar Rojo y fué en peregrinacion á la Meca, recibiendo en todas partes los honores debidos á su ilustre orígen, como príncipe abasida, y apuntando datos interesantes para la ciencia y el arte.

En la ciudad santa, y especialmente en su templo, que es impenetrable misterio para los *infieles*, hizo observaciones y apuntes, que ningun extraño al culto de Mahoma había hecho hasta él; y siendo curiosísima esta visita, hemos de tomar algunos párrafos de sus interesantes memorias.

Los peregrinos, dice Alí-Bey, deben entrar á pié en la ciudad santa, pero por razon de mi mal estado de salud, me fué permitido á mí entrar montado en mi enorme camello.

Apénas llegué á él, hicimos una ablucion general y luégo fuí en procesion al templo con toda mi servidumbre. El encargado de conducirnos iba rezando en alta voz las oraciones de rito y nosotros las repetíamos palabra por palabra y en el mismo tono lastimero.

Llegamos al templo dando la vuelta por la calle principal, á fin de entrar por el *Beb-es-selem*, ó puerta de la Salud, lo cual se mira como feliz auspicio; y habiéndome quitado, como todos, las sandalias, pasé por aquella venturosa puerta, que se abre junto al ángulo setentrional del templo, y entramos al patio por debajo de una especie de arco triunfal, llamado tambien *Beb-es-selem*.

Al ver el *Beit Allah*, la casa de Dios, *el Haram*, la prohibida, hicimos una breve oracion; besamos la *Hajera el Assnad*, ó sea la piedra negra ó celestial, traida por el ángel Gabriel, y dimos la primera vuelta á la Casa de Dios.

La *Kaaba* es una torre cuadrilátera, situada casi en medio del templo, cubierta de un inmenso velo negro, que no deja ver más que el zócalo ó base saliente del monumento.

Las ceremonias que se observan en este acto religioso, y que tuve yo que hacer necesariamente, consisten en siete vueltas alrededor de la *Kaaba*. Cada vuelta comienza en la *piedra negra* del ángulo del E. siguiendo el frente principal de la *Kaaba*, donde se abre la puerta, y desde allí volviendo hácia O. y S. por fuera de las *piedras de Imail*. Al llegar al ángulo del S. se extiende el brazo derecho, y despues de pasar la mano por el mármol angular, teniendo mucho cuidado de que la parte inferior del vestido no toque al sagrado zócalo descubierto, se pasa la mano por la cara y barba, diciendo devotamente: «En el nombre de Allah,—Allah es muy grande,—¡Oh gran Allah, sé conmigo y dame el bien en este mundo y la salvacion en el otro.» Vuélvese en seguida al ángulo del E. y se elevan las manos como al principio de la oracion canónica, exclamando: «En el nombre de Allah,—Allah es muy grande,—Alabanza á Allah por los siglos de los siglos.» Se besa entónces la piedra y acaba la primera vuelta.

La segunda es igual en cuanto á la procesion y ceremonias, pero varían las oraciones. En las demas varían éstas y la procesion, pues el paso debe ser ya apresurado.

Al final de la sétima vuelta, despues de besar la *piedra negra*, se reza en coro una breve oracion de pié, y dando frente á la Kaaba; pásase luego al *Makam Ibrahim* ó lugar de Abraham, situado entre la *Kaaba* y el *Beb-es-selem*, y allí se reza otra oracion. Luégo se va al Zemzem ó pozo sagrado, de donde se saca agua y se bebe hasta no poder más, con ser bastante salobre. Sálese finalmente del templo por el *Beb-Saffa*, y se sube una calleja, á cuyo extremo hay una especie de patio, compuesto de tres arcos sobre columnas y allí está el lugar sagrado que llaman *Saffa*. Desde Saffa á *Djebel Merna*, que es otro sagrado lugar, se hacen otros siete viajes con la cara vuelta al templo y sin parar de rezar en alta voz diferentes oraciones.

El templo de la Meca es conocido por los musulmanes con el nombre del *Haram*, ó templo por excelencia. Compónese la Casa de Dios, llamada tambien la *Kaaba*: del Pozo de Zemzem, de la *cobba* ó lugar de Abraham, de los lugares sagrados de oracion de los cuatro ritos ortodoxos, del *Cobbatain*, otra capilla sagrada, del arco triunfal *Beb-es-selem*, del *Mombar* ó tribuna de la santa palabra, de un inmenso patio, formado por tres órdenes de arcos, de otros dos patios más pequeños, de siete minaretes y diez y nueve puertas.

Hace luégo Alí-Bey una descripcion minuciosa y facultativa de todo esto, respondiendo de su exactitud, aunque tuvo que fiar las medidas al cálculo matemático, y fiarlo todo á la memoria, hasta que de vuelta á su casa fijaba sus datos en el papel, temiendo que esta curiosa operacion, hecha en el mismo templo, pareciera irreverente á los fanáticos musulmanes. Hace hasta un análisis químico del agua del Zemzem, y no deja la pluma sin describir la ciudad y sin tomar apuntes de usos, costumbres, comercio, industria, y hasta de la formacion geológica del terreno. Pero no podemos seguirlo en tan extensa memoria dentro de los límites de este ya último artículo.

Siguiendo su científica odisea, el ilustre viajero visitó á Jerusalem, el Monte Carmelo, el Tábor, el Jordan, Damasco, Alepo, Palmira, Antioquía, Constantinopla, pasando por muchos otros puntos intermedios, que omitimos por brevedad, y recogiendo en todos datos preciosos para la ciencia y áun para las bellas artes.

Alojado en casa de nuestro embajador, en la capital de Turquía, pudo saber anticipadamente las primeras noticias de los acontecimientos de España en 1808, y con esto se puso en camino para regresar á la patria, sinó que una grave dolencia hubo de detenerlo en Munich. Restablecido apénas, salió en una cama-coche para Bayona, á donde llegó el 9 de mayo. Era su anhelo ver á Fernando VII, pero al ir á verlo el dia siguiente, salia de Bayona el rey. Presentóse entónces á Cárlos IV; quien dignándose apénas oirlo, le aconsejó se presentara de su parte á Napoleon y le entregara las memorias y planos de su viaje; consejo que Badía hubo de tomar.

El emperador, que tenía el talento de conocer á los hombres, acogió á nuestro ilustre viajero con gran benevolencia, y despues de haberlo oído con el mayor interes, lo puso al servicio de su hermano José, á quien acompañó Badía á Madrid, y de quien recibió empleos y honores.

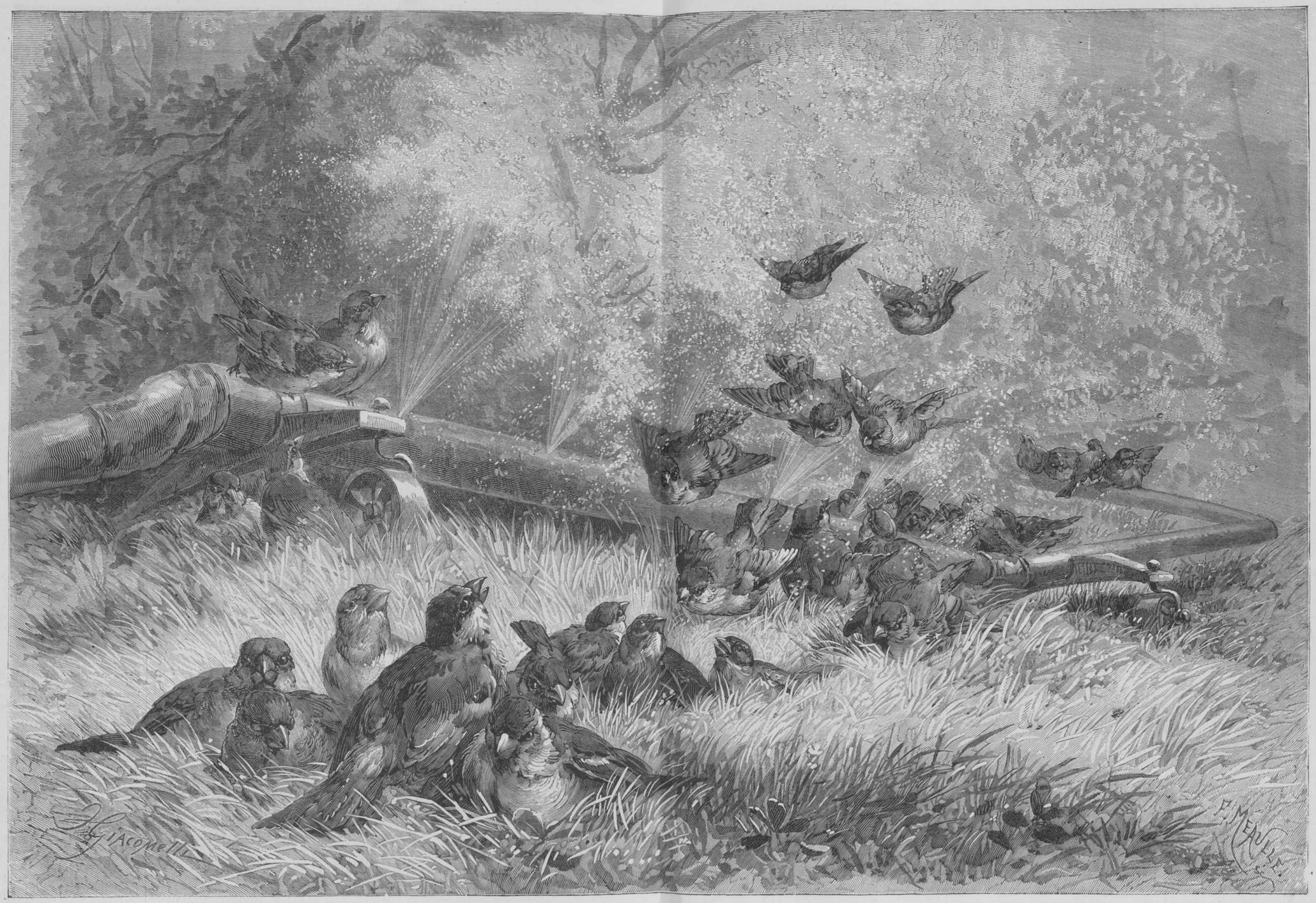
Es ya delicado el asunto para tratarlo á la ligera; y no queriendo nosotros suscitar por nuestra parte la más leve sospecha que pudiera afectar el honor y patriotismo de aquel español célebre, daremos á estos hechos la explicacion auténtica y textual que él mismo dió en la instancia que ya en 1814 dirigió desde Paris al rey Fernando VII.

Dice así este documento:

Señor:

Enviado por el augusto padre de V. M. salí de Madrid en Mayo de 1802 para hacer un viaje de descubrimientos científicos en Africa, bajo el nombre de Alí-Bey, cuya historia cronológica expresa el adjunto extracto castellano, y la parte científica el artículo inserto, sin conocimiento mio, en el *Monitor* de 3 del corriente, y cuyo ejemplar tambien acompaño. En cuanto á la parte política, su exposicion no cabe en los estrechos límites de este papel; pero si V. M. se dignase aceptarlo, remitiré un extracto de esta grandiosa operacion.

No bien convalecí de mi grave enfermedad en Munich, salí para Bayona, á donde llegué en la tarde del 9 de Mayo de 1808, albergándome en la primera casa que pude al anochecer. A la mañana siguiente me dijeron que Vuestra Majestad había estado en Bayona y partía en aquellos momentos, y ya no pude tener la dicha de presentarle mis homenajes. La misma tarde



LOS PÁJAROS Y EL ESTÍO

Composicion y dibujo de Giacomelli

aunque muy endeble, me levanté, y habiéndome anunciado al augusto padre de V. M., él mismo se dignó decirme las palabras siguientes, que quedaron grabadas en mi corazon:

«Ya sabrás que España ha pasado al dominio de Francia por un tratado que verás. Vé de nuestra parte al emperador y díle que tu persona, tu expedicion y cuanto dice relacion con ella queda a las órdenes de S. M. I. y R. y que deseamos produzca algun bien al servicio del Estado.»

Atónito de una cosa que jamas hubiera imaginado, pues carecía de todo antecedente, exclamé: ¿Pero no me sería permitido seguir la suerte de V. M.?—No, no; me contestó el rey; á todos nos conviene que sirvas á Napoleon.

En virtud de esta órden, me presenté al emperador, quien tuvo frecuentes sesiones conmigo, relativas á los negocios de África, y envió á buscar mis papeles, que tenía en Madrid el consejero de Indias D. Francisco Amoros, el cual habiendo sido arrestado por informes siniestros sobre este negocio, estaba ya en libertad y había obtenido la satisfaccion más completa del Sermo. Sr. Infante D. Antonio, á consecuencia del escrupuloso exámen hecho sobre ello. En estas sesiones del emperador conmigo jamas hablamos una palabra de las cosas de España, pues yo lo ignoraba todo completamente, haciendo ya cuatro años y medio que había cortado toda correspondencia hasta con mi familia para dejar al gobierno en libertad de hablar sobre mí lo que conviniera, á causa de los encargos políticos que se me habían confiado; y por este mismo motivo se me eximió de ser individuo de la Junta de Bayona.

El emperador me puso á las órdenes de su hermano el rey José, á quien seguí á Madrid. Cuando éste mandó que todos presentaran los títulos de sus destinos, presenté yo los documentos que acreditaban mi grado de brigadier de los Reales ejercitos, concedido por S. M. el señor rey D. Cárlos IV en 16 de Agosto de 1804, y la propuesta de intendente á consecuencia de Real órden del día ántes de las ocurrencias de Aranjuez.

Habiéndome propuesto el sistema de no pedir jamas cosa alguna, no se hallará en los ministerios ni fuera de ellos ninguna solicitud mía, excepto tres veces la de licencia para venir á Paris á dirigir la edicion de mis obras, que no podía hacer en España; lo cual, dicho sea de paso, se me negó siempre. A consecuencia de este sistema quedé quince meses en Madrid sin destino ni sueldo alguno, pereciendo con mi familia.

Al cabo de este tiempo, necesitándose un intendente para Segovia, me enviaron allá *sin pedirlo*. Lo mismo sucedió con la intendencia y prefectura de Córdoba, y últimamente con la de Valencia, de la cual no llegué á encargarme, porque el emperador envió un intendente frances. De suerte que tengo la gloria de que en mis operaciones jamas haya entrado ni aún remotamente el cálculo de mi interes, como se ha acreditado plenamente, á pesar de siniestras sugestiones, y más que todo por mi expedicion al Africa, envidiada de todas las naciones cultas.

Ningun ascenso ni recompensa de ninguna clase he obtenido ni pedido del gobierno del rey José, excepto la condecoracion de la Órden de España, que se me envió á Segovia, cuando la dieron á todos los intendentes.

Sobre mi conducta en los destinos, los pueblos podrán deponer; y me lisonjeo de creer que no me serán contrarios, excepto la pequeña faccion que en cada uno de ellos quería especular sobre la desgracia pública, y que logré reprimir yo; y mi corazon me recuerda con placer los grandes males que he evitado.

Esta sencilla exposicion, de la que no hay artículo que no pueda justificar satisfactoriamente, hará ver á V. M. que con conciencia pura me arrojo á sus piés á tributarle mis más respetuosos homenajes y celebrar su fausto restablecimiento en el trono de sus mayores, prestando al mismo tiempo el debido juramento de fidelidad á su real persona. Y así me apresuro á ratificar á V. M. mi fidelidad y sumision, que ruego á V. M. se digne aceptar, como tambien mis débiles servicios, si se conceptúan útiles al Estado.—(Paris 8 Abril 1814).»

Esta solicitud, que llegó positivamente á manos del rey, no dió ningun resultado, y desesperanzado ya Badía de merecer nada de España ó de su gobierno, aceptó la generosa hospitalidad que le ofrecía Francia. En Paris, pues, fijó su residencia definitivamente, y allí publicó las Memorias de los interesantes viajes que había hecho para España.

El producto de estas publicaciones y el apoyo de su hija, que hizo por entónces un casamiento ventajoso, proporcionaban ya á Badía medios con que descansar de sus fatigas, y sus relaciones personales esperanzas de mejorar su situacion y acabar tranquilamente sus días. Pero Domingo Badía era siempre Alí-Bey, el aventurero de los grandes propósitos, y sólo faltaban circunstancias favorables, tentacion, para que, despreciando riesgos, penalidades y fatigas, saliera otra vez á servir el interes de una gran causa.

Estas circunstancias llegaron y la tentacion tambien. En efecto, existiendo grandes odios y rivalidades entre Francia é Inglaterra, y creyendo el gobierno frances que podía herir á la poderosa Albion, si no en la cabeza, en los brazos ó en los piés, hiriéndola en la India, hubo de proponer al intrépido y habilísimo Badía una comision secreta para aquella apartada region.

Claro es que aceptó Badía comision tan de su gusto y que había ensayado por cuenta del gobierno español en Marruécos, cuando por aquellos días fué agraciado por el gobierno frances con el empleo, sueldo y honores de mariscal, y salió para Damasco, como primera etapa de su itinerario, con el pseudónimo de Alí-Othman.

El bajá de Damasco tenía tambien la comision secreta de dar pasaporte á todos los que pretendían ir á reconocer las posesiones inglesas de la India; comision muy bien retribuída, y, por consiguiente, supuesta la codicia turca, muy bien desempeñada.

Alí-Othman, vestido con su mejor traje de príncipe real y ceñida sobre él su faja de mariscal frances, fué sin demora á cumplimentar á la primera autoridad de la plaza, y el bajá, añadiendo dos de gala á la que usaba en su casa, fué con sus tres colas aquel mismo día á devolver la visita á un príncipe tan bien hablado y mejor vestido.

El uno y el otro departieron largamente en su propia lengua, en árabe castizo y mano á mano tambien como dos príncipes ó como dos bajáes, engendrando aquella conversacion una amistad tan franca, que no sin pesar de una y otra parte hubieron de separarse; bien que se separaron para reunirse otra vez aquella misma noche en el palacio del bajá, que se creyó en el honroso deber de convidar á cenar al príncipe.

Este no faltó á la cita, ni el otro á los honores de la casa, ofreciéndole una mesa, ó mejor dicho una alfombra en que había de cuanto Allah crió para saciar el más regalado apetito, desde nidos de golondrinas hasta huevos de avestruz, desde leche de camella hasta miel de panal, almendras y alfajor, desde naranjas de sangre hasta el fruto del árbol inmortal.

Luégo el agua de rosa, de azahar, de limon.

Luégo la pipa.

Y por fin el café.

El café, moka legítimo, auténtico, aromático, edénico, divino... pero envenenado.

No se ha vuelto á saber más de Alí-Othman.

FEDERICO VALCÁRCEL.

DE ALGUNAS

PALABRAS Y FRASES ANTICUADAS

QUE ÁUN SON DE USO CORRIENTE

EN LA PROVINCIA DE SALAMANCA

IV

ADVERBIOS, PREPOSICIONES, MODISMOS, ETC.

—Aína.—Temprano; pronto; apriesa. «Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora y venir tan aína en todo su querer de Celestina.» (1)

—Brucias.—De *brucias*; de bruces; boca á bajo.

Ya sabes qué gozo siente
El pastor muy caluroso
En beber con gran reposo
De *brucias*, agua en la fuente.» (1)

(1) *La Celestina*. Acto 11.

—Cedo.—Cerca: presto.

«La que *cedo* espera el parto.» (2)
«La muerte *cedo* veréis.» (3)

—Dambos.—Ambos; los dos.

«No es menester más habrar
Pues que *dambos* son contentos.» (4)

—Dende.—Es adverbio cuando significa *de ahí*, que es la contraccion de *de ende*, como en el siguiente ejemplo: «Señor, quítale presto dende» (5) y preposicion, cuando quiere decir desde. Hemos oído usarlo de los dos modos y en los dos sentidos.

—Denántes.—Antes; desde ántes.

«Un rebaño de studiantes
Nos repelaron denántes.» (6)

—Daca.—Dame.

«Daca, dame ya la mano.» (7)
«Daca mis ropas, iré á la Magdalena.» (8)

—Ende.—Ahí por *ende;* por lo tanto.

«Ven acá, no te estés ende.» (9)
«Por ende habéis de saber
Que fice aqueste viaje.» (10)

«Por ende no es de maravillar que ame ántes á ésta que á otra.» (11)

—Sos.—Eres.—Ahora, como en los tiempos de Lúcas Fernández, y mucho ántes sin dudas el comienzo de una reyerta entre charros es:

«¿Quién *sos* tú?—Mas tú ¿quién *sos?* (12)
«¡Ay amor, cómo *sos* caro!» (13)
«Y el dueño tú no lo *sos!*» (14)
«¿Por qué *sos* tan tesonero?» (15)

—Vaite.—Vete.

«*Vaite* que no te creemos.» (16)
«Vaite á Menga.» (17)

—Vero.—Verdad; de verdad; de véras.

«Paraste ahora á burlar,
Ó dícesmelo de *vero.*» (18)

—Vido.—Visto; vió.

«¿Cuál mujer jamas se *vido* en tan estrecha afrenta como yo?» (19)

«¿Quién *vido* en esta vida cuerpo glorificado de ningun hombre como agora el mío?» (20)

«Y áun por zagales que he *vido*
Y he oido.» (21)

V

ADAGIOS, REFRANES, FRASES HECHAS, ETC.

—Entre col y col, lechuga. (22)
—No le arriendo la ganancia. (23)
—Por cual carga de agua. (24)
—Nunca más perro al molino. (25)
—Sobre cuernos, penitencia. (26)
—Más tieso que un ajo. (27)
—Hacer una raya en el agua. (28)
—Ya no soy yo quien solía. (29)
—No vengas tú de tal son. (30)

---

(1) Juan de la Encina. *Egloga*. El texto coleccionado por Gallardo dice de *bruzas*.
Nosotros seguimos la leccion que de viva voz hemos aprendido.
(2) *Romancero del Cid*.
(3) Anónimos coleccionados por Gallardo.
(4) L. F. *Farsa*.
(5) *La Celestina*. Acto 12.
(6) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*.
(7) Anónimos coleccionados por Gallardo.
(8) *La Celestina*. Acto 8.°
(9) Juan de la Encina. *Villancico de la toma de Granada*.
(10) *Romancero del Cid*.
(11) *La Celestina*. Acto 9.°
(12) L. F. Auto del *Nacimiento*.
(13) Id. *Farsa*.
(14) Juan de la Encina.
(15) Id. Auto del *Repelon*. Ser *tesonero* tener teson. Se usa aún.
(16) L. F. Auto del *Nacimiento*.
(17) Id. *Farsa*.
(18) Juan de la Encina. *Egloga*.
(19) *La Celestina*. Acto 6.°
(20) *Id*. Acto 1.°
(21) L. F. *Farsa*.
(22) *La Celestina* Acto 6.°
(23) *Id*. Acto 5.°
(24) *Id*. Acto 18.°
(25) Juan de la Encina. Auto del *Repelon*. *La Celestina*. Acto 2.°
(26) Juan de la Encina. *Egloga*.
(27) L. F. *Farsa*.
(28) *La Celestina*. Acto 3.°
(29) L. F. *Farsa*.
(30) Id. *Id*.

— Algo me querrás llevar. (1)
— Meter aguja por sacar reja. (2)
— Buenas son mangas despues de Pascua. (3)
— Bien sé de qué pié cojeas. (4)
— Ir la soga tras el caldero. (5)
— De otro temple está esta gaita. (6)
— Perder los memoriales. (7)
— Haz lo que bien digo y no lo que mal hago. (8)
— No dejemos pasar el tiempo en balde. (9)
— Una golondrina no hace verano. (10)
— La cabeza á par de la piedra. (11)
— Primero se coge á un embustero que á un cojo. (12)
— El abad de lo que canta *yanta*. (13)
— Ir por lana y volver trasquilado. (14)
— No se debe dejar crecer la hierba entre los panes. (15)
— Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. (16)
— Un ánima sola, ni canta, ni llora. (17)
— Señor, señor, á la otra puerta. Tan muerto es como mi abuelo. (18)
— No seas como el perro del hortelano. (19)
— Se alzó con la prebenda.
— En pié de tí. (20)
— Tomar con tiempo las sábanas.—Acostarse con las gallinas. (21)
— No se pescan truchas á bragas enjutas. (22)
— Ir de capa caída. (23)
— No puedo acabar con él. (24)
— Levantar un caramillo. (25)
— Quebrar el ojo y untar los cascos. (26)
— Cobrar el alcabala. (27)
— Tienta la lengua ántes de hablar. (28)

El crecido número de cuartillas que llevamos escritas y el temor de insistir demasiado sobre un tema que tal vez parezca fútil ó poco nuevo á los lectores, nos obligan á no llevar más léjos nuestro trabajo, omitiendo, ora defectos de pronunciacion, ora trasposiciones y cambios de letras que el uso ha llegado á autorizar en algunos nombres propios, ora contracciones en algunos tiempos de los verbos, peculiares al antiguo castellano, etc., etc.

En cuanto á las consideraciones á que pudiera llevarnos este pequeño estudio, hacemos gracia de ellas á nuestros lectores, á los que rogamos nos dispensen la molestia que pueda ocasionarles la lectura de un artículo que tiene más de pesado que de ameno, que nosotros nos hemos atrevido á dar á luz animados por autorizadas personas y que quizá no hubiéramos tenido la abnegacion de escribir, á adivinar el tiempo y el trabajo que en él hemos empleado; trabajo y tiempo que no nos dolería si creyéramos haber hecho algo en pro de nuestra hermosa habla castellana.

RAFAEL LUNA.

---

(1) L. F. *Farsa.*
(2) *La Celestina.* Acto 4.°
(3) *La Celestina.*
(4) *Id.* Acto 1.°
(5) *Id.* Id.
(6) *Id.* Id.
(7) L. F. *Farsa.*
(8) *La Celestina.* Acto 1.°
(9) *Id.* Id.
(10) *La Celestina.* Acto 5.°
(11) *El Lazarillo de Tórmes.*
(12) *La Celestina.* Acto 17.°
(13) *Id.* Acto 6.°
(14) *Id.* Acto 19.°
(15) *Id.* Acto 1.° *panes:* trigos. Áun se dicen en Castilla panes á los sembrados de trigos.
(16) *Id.* Acto 2.°
(17) *Id.* Acto 7.°
(18) *Id.* Acto 15.°
(19) *Id.* Acto 7.°
(20) Á tu lado.
(21) *La Celestina.* Acto 7.°
(22) *Id.* Acto.
(23) Menoscabado en su salud, ó en su fortuna.
(24) No puedo conseguir; alcanzar.
(25) Una reyerta, un chisme ó calumnia.
(26) *La Celestina.* Acto 21.°
(27) No hacer nada de gracia; cobrarse con tiempo.
(28) Mira bien lo que dices: atente á las consecuencias de tus palabras.

RECUERDOS DE LISBOA

EL PINTOR LUPI. — LA GALERÍA DEL VIZCONDE DAUPIAS

—

(Conclusion)

Del gran Meissonier posee el Vizconde un dibujo al lápiz, que representa un noble caballero sentado, vestido con el traje del siglo XVIII; los dibujos del maestro son muy estimados por sus especiales méritos y por ser pocos los que ha hecho. En éste, ademas del carácter y verdad de la figura, se admira la firmeza y seguridad del artista, que acabando extraordinariamente, siempre es fácil, decidido y grandioso en todos los trazos, pero lo que más llama la atencion es el dibujo interior en el que hay tanta riqueza de tonos justos, de lo que resulta un modelado perfecto y suma vitalidad. Meissonier tiene la superior cualidad de ver el modelo muy artísticamente y así en sus obras siempre hay la unidad fundamental, que nunca pierde de vista, y las unidades coordinadas y subordinadas, que cada una tiene la vida propia que les pertenece, pero siempre en íntima relacion con el todo, y con esta ley, que es la esencial de la belleza, cumple en todos los casos, lo mismo al hacer una composicion de muchas figuras, que en un asunto en que solamente haya una. En el dibujo que examinamos, al fijarse, por ejemplo, en las manos de la figura, que son un portento de verdad y de belleza, se ve que el artista las ha estudiado con particular esmero, mas ni en la forma, ni en la colocacion, ni en el modo de iluminarlas se ha olvidado del efecto total de la composicion, sinó que la unidad fundamental del asunto preside hasta en el último toque: por esto tienen tanto atractivo las obras de Meissonier, pues hay siempre en ellas el reposo peculiar á la armonía de líneas, de formas, luces y colores en consonancia al mismo tiempo con el espíritu del personaje representado: con razon el Vizconde Daupias estima en tanto este precioso dibujo, por el que pagó una suma enorme.— Otra de las joyas de la pintura francesa que hay en esta Galería es un cuadrito de Detaille titulado *Un anuncio de la autoridad en la época de la primera república.* Un grupo de ciudadanos perfectamente caracterizados leen con afan el anuncio acabado de fijar, y el pintor ha sabido expresar en las figuras la ansiedad con que en aquellos momentos se procuraba adquirir noticias, que siempre eran graves y de altísimo interes para todos. Ademas de la verdad del asunto, dadas las circunstancias de la Francia en tan agitado periodo, la obra, pictóricamente considerada, es de superior mérito y muy en el camino de las de Meissonier. De Gerome tiene *El mercader de esclavos,* cuadro de figuras de tamaño natural, en el que se ve casi en el centro una mujer de tez morena en pié, completamente desnuda y de magnífico cabello negro suelto, y á su derecha sentada en el suelo otra esclava negra, miéntras en el fondo se descubre el viejo mercader de blanca barba, muellemente reclinado, fumando su larga pipa. Esta obra tiene ciertamente carácter é impresiona favorablemente, pero no sobresale ni por el dibujo, ni por el colorido, ni mucho ménos por la espontaneidad de ejecucion. Bonnat tiene en esta Galería su precioso cuadro de *Un café turco,* y ademas de la verdad en la representacion, se observa gran solidez en el modo de pintar, y esos efectos picantes que dan notable valor á sus obras, y que aquí consigue particularmente con la figura sentada que viste una túnica celeste de bellísimo color y pintada con maestría. *Los fumadores árabes* de Kromentin, cuadro pequeño, finísimo y en el que las figuras están admirablemente modeladas, es un precioso ejemplar de la obra selecta del gran pintor orientalista frances, que tanta fama llegó á adquirir justamente en este género. Haré mencion de Toninck, autor de una hermosa pintura que representa una mujer desnuda de tamaño natural en el momento de disparar una flecha: es un excelente estudio del desnudo, en el que lucen las carnes por la brillantez de la luz, por la delicadeza de las medias tintas, y en general por la belleza del colorido. Por último citaré los dos paisajes con vacas y becerros, cuadros de Troyon, muy bien compuestos y notables por la luz y por el efecto general de claro-oscuro: las vacas están bien dibujadas, y se advierte en ellas verdad en el colorido.

Entre las obras de los pintores modernos italianos que hay en esta Galería, es la más importante una del Conde Pastoris, que representa un gran banquete en un salon de un Castillo en honor de un obispo. Es un cuadro de más de dos metros de ancho y alto proporcionado, en el que resaltan las figuras de primer término de tamaño académico, que permite al artista desarrollar sus grandes facultades de ejecucion. Se da el banquete en un salon del gusto del siglo XVIII, magníficamente decorado segun el lujo de la época, y el pintor en medio de los esplendores de la luz ha sabido dominar tanta riqueza, sin que este fastuoso fondo perjudique en nada al efecto, ni á la importancia de las figuras que forman la composicion. Para conseguir la variedad en los grupos y en los personajes, el pintor ha elegido el momento en que parece haber concluído la comida y en que un clérigo ó abate, de pié en primer término, lee con grande entusiasmo un escrito, ó unos versos, en loor, sin duda, del Prelado; lectura que atentamente escuchan los numerosos convidados, en los que se observa variedad de actitudes y una gran riqueza de expresion. Por haber elegido este momento se ha conseguido tambien dar unidad á la composicion, relacionando entre sí las diferentes figuras del cuadro; éstas son de tono vigoroso, correctas y de notable vida y expresion. Mencionaré la preciosa pintura de Passini titulada *El jardin del Harem* en el gusto de Fromentin, en la que este elegante pintor orientalista muestra su exquisito gusto, y tambien el delicioso cuadrito de Bolvini, que representa una graciosa jóven sentada en un sofá, figurita muy esbelta y pintada con notable ligereza y soltura.

Los pintores modernos españoles están aquí representados por obras que señalan los progresos que se han alcanzado en nuestro país. De Palmeroli hay *El Adios,* composicion de sumo interes, en la que vemos una mujer jóven con un niño pequeño en los brazos, que traspasada de pena sale del umbral de la puerta de su casa, en actitud de terrible desconsuelo á despedirse por última vez de su esposo, cuyo cadáver acompañado de la cruz y del sacerdote llevan al cementerio. Esta obra de nuestro compatriota, es la triste imágen de los dolores de la vida y conmueve é interesa extraordinariamente al espectador; considerada en la relacion pictórica tiene especial mérito. En uno de los salones recuerdo muy particularmente tres cuadritos, en cada uno de los cuales se representa una mujer jóven; estudios deliciosos de belleza y de elegancia, y motivos muy agradables, que trata con predileccion la pintura moderna. El del centro está pintado por D. Raimundo Madrazo y en él se ve una jóven sentada, distinguida, elegante y bella, vestida de un traje rosa pálido, admirable de color y de delicadeza de tonos: esta pintura, inundada de luz, pero muy bien entonada, hace muy buen efecto y es notable por lo fino de la ejecucion, así como por la espontaneidad que se observa en toda ella. A un lado de esta joya de la pintura moderna, está un cuadrito de Villégas, que representa una dama en un rico saloncito, obra en la que luce el artista sevillano su delicado sentimiento del color y la facilidad de ejecucion, así como sus buenas dotes de dibujante, y por último en el otro lado se encuentra el agradable cuadrito del pintor italiano Bolvini, del que ya se ha hecho mencion. Excelente idea ha sido la del Sr. Daupias, de colocar juntas estas tres pinturas, que por sus especiales atractivos llaman desde luego la atencion así que se entra en el salon en que están. La pintura antigua de diversas épocas y escuelas, se encuentra bien representada en esta Galería, y con gusto recuerdo una buena coleccion de tablas, ya de estilo aleman, ya neerlandes, así como curiosos é importantes ejemplares de la antigua pintura portuguesa.

En el gran salon de la pintura moderna se ven dos magníficos bustos de tamaño natural, de mármol blanco del Sr. Vizconde Daupias y de la Sra. Vizcondesa, obra del distinguido escultor portugues Simaes d' Almeyda; tambien haré mencion de una preciosa estatua de mármol blanco de D'Epinay que representa un Cupido que pisa con el pié izquierdo un corazon, y se prepara á descargar un terrible martillazo sobre otro corazon que tiene á sus piés: es una obra notablemente ejecutada. En los salones se encuentran ademas numerosas carteras con dibujos, acuarelas, caricaturas, estudios

LA NOVIA DE CORINTO

BAJO RELIEVE DE PABLO MÜLLER

DIONISIO Y ARIADNA

Fronton del Teatro de Dresde. (De fotografía)

artísticos de todos géneros, así como multitud de libros de arte ricamente encuadernados; de modo que el visitante de esta Galería tiene allí todo lo que puede desear para adquirir importantes conocimientos en los varios ramos de las Bellas Artes. Dignísimos de elogio son los propósitos realizados por el Sr. Vizconde, que tan bien ha empleado parte de su inmensa fortuna, y que cada año aumenta sus ricas colecciones, en sus frecuentes viajes á los grandes centros del arte en Europa, y de seguro esta Galería habrá de influir en Portugal, en los progresos de las Bellas Artes y en la educacion estética de las diferentes clases sociales del país.

CLAUDIO BOUTELOU.

HEMOS ADELANTADO

Estamos en la época de los adelantos.

Progresamos.

Adelantamos impertérritos por el anchuroso y despejado camino de la civilizacion.

Yo no soy de ella enemigo.

¡Pues no faltaba más!

Ser enemigo de la civilizacion equivaldría á ser retrógrado.

Y ya comprenden ustedes toda la enormidad que encierra tal palabra.

¡Viva la civilizacion! y quedamos, pues, en que vamos adelantando indefinidamente.

Probaremos nuestra tésis empezando por las armas.

No hay que asustarse, amabilísimos lectores, que esto no quiere decir, pongo por caso, «*¡á las armas! ¡voto va!...*» ni cosa parecida. Esto sólo significa que queremos empezar por donde casi siempre concluyen todas las cuestiones entre la especie humana, especie que se trata con un amor y una benevolencia y una caridad tan entrañables, como que de continuo se está rompiendo la crisma por un *quítame allá esas pajas*, ó quítame allá ese pedazo de territorio, esa provincia ó ese reino.

Prueba al canto.

La primera arma que se usó en el mundo fué la quijada de un borrico. (Y perdóneseme la palabra.)

Despues los hombres conocieron que el matarse con *este instrumento* tan poco...—¿cómo diremos?—tan poco parlamentario, era cometer una solemne borricada.

Las cortas espadas de los primitivos tiempos sustituyeron ventajosamente á aquella arma natural.

Pero se conoció muy pronto que esto era *estrechar las distancias*, y la flecha y la pica aparecieron.

Sin embargo, los combatientes se consideraban aún demasiado cerca, y el *rostro feroche* del enemigo podía influir demasiado en el éxito de las batallas.

El arma de fuego (no me refiero á las tenazas) vino en el siglo xv á disipar completamente estos temores.

La *culebrina* y la *lombarda* lograron realizar otro adelanto.

Una palabra ántes de proseguir.

La reconocida ilustracion de nuestros lectores nos dispensa de advertirles que la *lombarda* que hemos citado anteriormente no es la que suelen echar en el puchero.

Despues de todo esto, y dejando á un lado digresiones, no podía ménos de venir el invento del rewólver, del cañon rayado y del *fusil aguja*, para coser los descosidos de la civilizacion...

Hemos adelantado pues...

Todo lo que gira en torno nuestro es una demostracion de esta verdad.

Pongamos un ejemplo.

Os halláis ausente de una persona querida: ésta se muere, ó porque cumplió sus días, ó porque,—y esto es lo más probable,—ó porque obedeció fielmente las prescripciones de su médico...

Pues bien; la civilizacion, los adelantos, han acudido al auxilio de este caso...

¿Y qué han hecho?

¿Resucitar á esa persona?

No, señor.

Enviaros en dos segundos un parte telegráfico para que no gocéis de la felicidad de ignorar por ocho días más, como en otros tiempos hubiera sucedido, aquel infausto suceso que ha de llenar vuestra alma de amargura.

¿Puede darse cosa de mayor trascendencia para la felicidad del alma, que ver subir hasta las nubes un globo Montgolfier con un trapecio del que va colgado, como conejo en percha, todo un personaje como *Madame* Sachi, Mistres Ofinrstonchjon, ó Mr. Gambetta?

¿Y saber que Júpiter tiene un satélite más de los que se creia, cuando no nos podemos quitar de nuestras vueltas á ninguno de los que nos persiguen por el mundo, desde que hay sastres y caseros y cobradores de contribuciones y alguaciles?

¿Y haber descubierto en fin, que los egipcios adoraban las cebollas, adoracion que la moderna crítica ha averiguado que debia hacerles verter lágrimas en abundancia?

En cambio nos cabe la satisfaccion de que un Congreso científico europeo haya declarado de un modo terminante, que no cabe remedio contra el cólera, como declarará tambien que *la peste negra* es negra, por la sencilla razon de que no es blanca, y que de cada centenar de los individuos á quienes invade, se mueren por lo ménos noventa y nueve y medio.

Y no es esto tampoco la única conquista de la moderna civilizacion, ni paran aquí sus adelantos...

En tiempo del feudalismo hubiera yo sido un *siervo de la gleva* ó un *pechero*, puesto que entre mis ascendientes no hubo nunca quien se dedicara á las armas para obtener á *cintarazos* el blason de un señorío, y yo, segun las inclinaciones pacíficas que tengo, tampoco me hubiera elevado á semejante dignidad por tales medios.

Entónces hubiera tenido un solo Señor que me mandara y á quien satisfacer *pechos y derechos*.

Ahora no tengo Señor alguno, lo cual no me liberta de pagar *espaldas*, porque sobre ellas pesan las innumerables cargas del Estado, áun haciendo caso omiso de la contribucion de sangre.

Pagábanse antes *diezmos y primicias*.

Ahora los *diezmos* no se cobran, pero las primicias, ó mejor dicho las primadas, todos las pagamos.

Antiguamente, para obtener ciertos cargos, ó seguir ciertas carreras, se necesitaba una previa informacion de *limpieza de sangre*.

Las gentes creyeron,—¡inocentes!—que la sangre de los nobles era azul, y la de los plebeyos colorada.

Las revoluciones quisieron demostrar científicamente lo contrario, y á este fin cortaron la cabeza á nobles y á plebeyos, con lo cual nos convencimos todos,—y particularmente los decapitados,—no de que las revoluciones fuesen sanguinarias, (que esto sería muy retrógrado), sinó de que toda la sangre humana tiene el mismo colorido.

ENRIQUE G. BEDMAR.

GUERRA Á MUERTE

(*Conclusion*)

IX

Con esta espantosa catástrofe llegó á su colmo el furor del marques y de sus compañeros. Ellos en cierto modo habian sido la causa y ansiaban venganza.

—¡Pobre Morenillo!—dijo el jardinero;—y yo que sospechaba de él.

—En efecto, has ido demasiado léjos en tu desconfianza,—observó Morton;—pero á lo hecho pecho.

—Pues es preciso intentar algo,—dijo el marques, lívido de cólera;—cada minuto que pasa me quita un año de vida.

—*Tha the question*,—contestó Morton, que presumia saber ingles.

Una detonacion interrumpió este diálogo, y al mismo tiempo cayó al suelo el sombrero del marques, atravesado por una bala.

—¡Demonio!—dijo Morton;—estamos bajo los fuegos de la plaza; retirémonos.

Retrocedieron un buen trecho y comenzaron á deliberar.

El jardinero, entre tanto, hallábase preocupado por otra causa. Observaba á sus *goyquecitos*, que no obstante sus voces llamándolos, se obstinaban en permanecer al pié de la roca de Berruga; mas no registrando los zarzales y malezas que crecian al pié, sinó como encadenados delante de un sitio en donde aquélla estaba tan escueta y escarpada como en los demas.

—¿Por qué están parados ahí?—dijo el marques;—¿no os choca?

—Efectivamente es raro. ¡Rinconete, Cortadillo, aquí!

Los perros acudieron á la voz; pero en seguida volvieron á aquel sitio, decididos, al parecer, á no abandonarlo.

Es que allí está la llave de la fortaleza,—dijo el marques;—esos animales tienen más instinto que nosotros.

Oyóse un segundo tiro disparado por Berruga; pero no podia alcanzar á los sitiadores.

—Entretened al bandido quemando un poco de pólvora,—repuso el marques,—paraque no eche de ver las pesquisas de los perros.

—Fuegos artificiales,—observó Morton.

Trabóse entre Berruga y los sitiadores un tiroteo sin resultado; ni el uno ni los otros podian alcanzarse; pero el objeto que se habia propuesto el marques se conseguia, teniendo ocupada la atencion del foragido, miéntras que los perros trabajaban por otro lado al pié de la roca.

Rinconete y Cortadillo estaban acordes, al parecer, porque uno y otro olian el peñasco en el mismo sitio, arrojándose á él de vez en cuando, como si intentaran abrirse paso.

—¿Qué buscarán?—dijo Morton;—es cosa sorprendente.

La roca en el lugar indicado formaba un ángulo entrante, detras del cual podia ocultarse un hombre.

El marques practicó un largo rodeo y se perdió de vista, acercándose al peñasco por la parte opuesta á la en que se hallaba Berruga entretenido con el tiroteo y grandemente confiado en el secreto de su vivienda.

Luégo se deslizó rápidamente sin ser visto, ganó el ángulo y se encontró al lado de los perros.

Apoyó la mano en la roca en el sitio indicado por éstos, y cuál fué su sorpresa cuando notó que cedia bajo la presion.

Redobló sus esfuerzos.

Un pedazo de peña se abrió y giró sobre sí misma.

No cabía duda: esta era la entrada de la caverna.

El misterio estaba patente.

El bandido debia á este maravilloso mecanismo su detestable impunidad; pero por último iba á ser castigado.

La brecha estaba abierta; sólo faltaba intentar el asalto.

El marques reflexionó un momento.

Un ataque manifiesto daba lugar á dilaciones y á que el facineroso se defendiera por todos los medios imaginables.

Una sorpresa era más conveniente.

Los suyos entretendrian á Berruga, y entre tanto él buscaría la subida del peñasco.

Se decidió, pues, por este partido decisivo, y penetró por aquella abertura, llevando á los perros como poderosos auxiliares, fiándose en su instinto que tan inteligentemente se habia demostrado en toda la expedicion; ellos, guiados por el olfato, le conducirían adonde estaba el facineroso.

El marques, así que hubo penetrado en la roca, hallóse rodeado de tinieblas: primer obstáculo para su aventura, y fué grande su sorpresa cuando percibió un poco de claridad que provenía de una especie de lámpara en la que se revelaba el ingenio de Berruga. Éste habia vertido el sebo de sus presas pecuarias en un intersticio de la roca, adaptando á este recipiente natural una mecha compuesta de cortezas fibrosas, por cuyo medio se alumbraba en su caverna.

X

El foragido no habia descuidado nada que pudiera hacer su asilo tan cómodo como seguro. En su recinto se veian diversos compartimientos, destinados cada uno á un objeto.

El sitio donde se hallaba el marques era zaguan y almacen á la vez, y la sangre que manchaba el suelo atestiguaba las sangrientas ejecuciones de que habia sido teatro.

El marques no se detuvo más que un momento en hacer estas observaciones.

Encontró una tea resinosa que le sirvió de mucho en aquel sitio.

La encendió en la lámpara, y alumbrando por este medio recorrió el antro y se fijó en las principales particularidades para la entrada y para la salida. Desde el zaguan partian algunas entradas: unas que subian, otras que parecian descender á las entrañas de la tierra y casi todas estrechas y escarpadas.

El marques vacilaba, no sabiendo cuál de aquellos caminos seguir. Se fijó en los que debian conducir á lo alto, pero de estos habia tres ó cuatro.

¿Cuál sería el más á propósito para llegar adonde estaba el bandido?

En esta duda determinó dejarse guiar por el instinto de los perros, que andaban por todas partes husmeando el suelo, acercándose á todas las entradas y dejándolas, como experimentando una contrariedad.

Por último llegaron á una especie de rambla en un rincon del zaguan, en la que habia escalones rudamente marcados que presentaban señales de haber servido de paso frecuentemente.

Al llegar á este sitio los animales dieron muestras de gran agitacion.

Era claro que habían hallado lo que buscaban.

—Este es el camino,—pensó el marques.

Agarró á los perros por la cuerda que llevaban en el collar, y casi arrastrado por ellos emprendió la subida.

Gracias á su juventud y agilidad pudo avanzar por aquella áspera pendiente, que en algunos parajes era de tan difícil acceso que le obligaba á agarrarse á las quebraduras del peñasco para afirmar los piés.

Á veces el techo estaba tan bajo que haciale encorbarse casi hasta el suelo. Á veces dejaban tan poco espacio las paredes de aquella extraña escalera, que tenía que pasar por medio lado, y solamente en algunos cortos trechos ensanchaba en mesetas naturales, admirables en aquella ruda construccion.

En éstas se encontraban rastros de la estancia de Berruga en las plumas y huesos de animales esparcidos por el suelo.

De vez en cuando los intersticios de la roca daban paso á la claridad exterior y permitian descubrir el horizonte.

Conforme avanzaba, el marques hallaba más dificultades, porque en la base, la subida, como es natural, tenía más anchura; pero al elevarse se convertia en una especie de caracol lleno de revueltas en que no habia rampas ni mesetas en que afirmar el paso.

Necesario fué para aventurarse en tan espantoso camino que el marques llamase en su ayuda el poderoso móvil que le impulsaba, el recuerdo de su esposa muerta y profanada por la mano de aquel odioso criminal.

Redoblaba, pues, sus esfuerzos sin sentir el cansancio: el marques tenía una cualidad más grande que la fuerza y que la inteligencia: la perseverancia.

Los perros, que sentian cerca la presa, rivalizaban en ardimiento en la peligrosa ascension.

¿Qué hacía el bandido miéntras de tal suerte escalaban su morada? ¿Cómo descuidaba hasta tal punto su seguridad? Por la causa más sencilla. Durante su permanencia en el peñasco habia visto estrellarse en él todas las pesquisas, y su confianza no tenía límites.

Como nadie penetró en su vivienda, como nadie sabía el secreto de la entrada, creíala impenetrable. En esta ocasion su feroz vanidad, su deseo de vengarse del Morenillo le perdieron: su falta fué dejarse ver.

Cuando el malagueño espiaba á los expedicionarios, Berruga por su parte seguía en acecho los movimientos del uno y de los otros; de suerte que desde los primeros momentos comprendió el objeto de la expedicion y posteriormente la traicion del malagueño.

Una vez conocidas las intenciones de éste, el facineroso esperó pacientemente ocasion de vengarse de él de un modo que causara efecto; é impulsado por este deseo no pensó en ocultarse de sus enemigos.

Miéntras el marques trasponia los pisos más bajos, el ruido de la subida no podia llegar hasta donde se hallaba Berruga; pero conforme aquél avanzaba le era ménos posible hacerlo en silencio. Muchas piedras desprendidas rodaban hasta abajo, y ademas á duras penas conseguía que los perros no comenzasen á ladrar y ahogasen su cólera en sordos gruñidos.

Por fin el bandido conoció que álguien subía por la escalera.

—¡Rayo del cielo!—exclamó;—¿qué es esto? ¿quién ha penetrado en el peñasco?

Y diciendo estas palabras movió una peña enorme que estaba al lado de la subida y la precipitó sobre el marques y los perros, que tocaban ya á la última rampa.

XI

Respecto á los animales fué demasiado tarde; de un vigoroso brinco se habían arrojado sobre él.

El uno se asió á su cuello.

El otro hizo presa en su costado.

El primero le ahogaba.

El segundo le devoraba.

Pero el marques no pudo evitar el choque de la piedra, y, arrollado por ésta, rodó por el suelo, experimentando tan ruda conmocion que nizole perder el sentido.

Cuando volvió en sí pudo oir el ruido de la lucha trabada en lo alto: un ronquido sofocado se unia á aullidos intermitentes.

Esto le hizo recordar instantáneamente su situacion, á pesar de que áun le duraba el aturdimiento producido por la caída.

Comprendió que sus auxiliares estaban luchando con el foragido; este pensamiento dióle fuerzas y púsose en pié.

Lleno de contusiones, herido en la cabeza por la piedra, áun tuvo espíritu para llegar al sitio del combate.

Ya era tiempo: Cortadillo, ahogado por Berruga, se defendia en las convulsiones de la agonía con un encarnizamiento heróico.

En este momento aproximóse el marqués.

Puñal en mano se fué derecho al facineroso y le atravesó el corazon.

Entre tanto los expedicionarios, ocupados hasta entónces en tirotearse con el bandido, comenzaron á inquietarse por la ausencia de su jefe.

Iban ya á dar vuelta en derredor del peñasco, cuando vieron llegar á Rinconete, despedazada una oreja y cubierto de sangre.

Oyóse un grito unánime.

El animal, por su parte, parecía traer un objeto. Iba de uno en otro meneando la cola, como si esperase ó necesitase alguna cosa, y dando algunos pasos hacia el peñasco se detenía.

Estos indicios eran tan evidentes, que todos le siguieron, y siempre guiados por el animal, encontraron la entrada de la roca, y luégo la escalera que les condujo al sitio de la lucha, y quedaron mudos de horror ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Berruga y el marques yacían juntos en el suelo, y algo separado Cortadillo.

Los tres estaban muertos.

El facineroso tenía un puñal clavado en el corazon; el marques, deshecha la cabeza, sin duda á impulsos del golpe de un gran trozo de pedernal que Berruga áun conservaba en la mano, y el perro, rasgadas las fauces de arriba á bajo.

En el sitio en que se hallaban los dos primeros formaba el suelo un hoyo bastante ancho; de modo que aquellos dos hombres que tanto se habian odiado murieron juntos sobre un charco de sangre de los dos.

F. Moreno Godino.

JUEZ Y TESTIGO

- (CUENTO) -

III

Repantigado en su silla
con su aspecto de fiereza
estaba ya el de Castilla
rey don Pedro en una pieza
de su alcázar de Sevilla.
—Señor... dijo entrando alguno.
Allá espera más de un hora
Bruno.
—¿Quién?
—El importuno
de anoche.
—Mal viene agora.
Pero en fin; que suba Bruno.
—Déboos advertir que Urría
trae con él la intencion hecha
de hablaros, si la osadia
permitís. Que algo sospecha
jurara, por vida mia.
—Un vano temor te asombra;
pues de su ladron yo juro
que no vió más que la sombra.
Y, si más vió, de seguro
no sabe cómo se nombra.
—Mas....
—Estoy tranquilo. El juego
descubrir el tal no pudo.
Y si vió, lo dejo ciego:
si sabe, lo dejo mudo....
Que suba el tal desde luégo.

Fué el Capitan. Y al instante
volvió con los dos. Y dijo
el Rey frunciendo el semblante
y mirándolos de fijo:
—¿Qué pedís del Rey delante?
—Señor, yo soy vuestro siervo
más humilde, Bruno Cobo,
el que anoche...
—Te conservo
en el magin.
—Pues del robo
hé aquí el apunte...
—¡Dios Verbo!
¿Cuánto escribió aquí tu pluma?
—Señor, dos mil alfonsíes
en total.
—¡Misera suma!
—¡Pche!
—¡Dos mil maravedíes
blancos! Tu haber poco espuma.
—Señor, ántes del despojo,
era rico, pues mis gastos
á lo que tengo recojo.
—Ainde. Y tu cuenta de trastos
¿no trae ningun trampantojo?
—Áun reza ménos dinero.
—Pues una vez que, cual noble,
se porta quien es pechero,
por éste sello, que el doble
te abone mi tesorero.
—¡Ah! ¡Dios os guarde mil años
más feliz que rey ninguno!
—Amen. Véte.

Y de sus daños
ya libre, tomó el buen Bruno
del alcázar los peldaños.
Y encarándose Su Alteza
con el otro...

—Y tú ¿quién eres?
díjole con aspereza.
¿Qué es lo que buscas? ¿Qué quieres
del rey justo, cruel? Empieza.
—Gran rey, cuya fama guía
mis pasos aquí, yo soy
el vasallo Jaime Urría,
quien por su desgracia de hoy
viene á implorar y en vos fía.
Del fracaso que me apena
dispuesto estoy á hacer autos;
porque tengo una setena
de testigos, que asaz cautos
vieron y dan prueba plena.
—Presto el lacerado cuente
bien y en verdad su mal hora.
—¡Ay tambien me hurtaron!
—Tente.
¿Adónde el vasallo mora?
—De Bruno frente por frente.
—La hora de eso determina.
—La de la mala fortuna.
—Precisala más y aina.
—Entre las doce y la una.
—¡Justa cólera divina!
—Del fracaso que me apena
dispuesto estoy á hacer autos;
porque tengo una setena
de testigos, que asaz cautos
vieron y dan prueba plena.
—¿Y cuánto te hurtaron, cuánto?
—Cinco mil maravedises
de oro...
—¡De oro!
—Y otro tanto
en joyas.
—¡¡Joyas!! ¡Qué espanto!
—Áun algo siso.
—No sises.
De todo cuanto te falta
yo, el rey don Pedro, respondo.
No sises: justicia y alta
te he de hacer. Di... rompe... ¡salta!
—Subiré á seis mil el fondo.
—¡Ah! Tentarme al ladron plugo.
Pero que caiga la mengua
sobre mí del moro yugo,
si del tal ladron la lengua
hoy no arrancara el verdugo.
—Áun eso, señor, no es harto,
segun merece el indino;
pues debe, como á un lagarto
destrozarse, y cada cuarto
suspenderse en un camino.
—Tú lo has dicho.
—Si al mal hombre
conocierais...
—¡Bah! Sin duda.
Y vas, por más que te asombre
mi mágica fiel y aguda,
á oir del ladron el nombre.
—¡Oh gran rey de soberana,
de excelsa penetracion!
tu justicia no es humana,
pues que todo así lo allana.
¡Cuán presto dió en el ladron!
—¡Pues no! Al contado. Y se llama...
Jaime Urría.
—¡¡Yo!!
—El mismito.
Sí: tu robo es una trama.
Mas te daré el finiquito
que la tu cuenta reclama.
Vea el que á furtos se aveza

si es justo lo que yo ora hable.
¡Hola! ¡Capitan!
—Alteza...
—Llevad á ese miserable
que le corten la cabeza.
—¡Ah! ¡Señor!
—Y eso no es harto,
segun merece el indino.
Que á manera de lagarto
lo troncen, y cada cuarto
suspendan en un camino:
tus palabras terminantes.
—¡Gran Rey!
—¡Ladron!
—¡Que me muero!
—Traed quien lo mate ántes,
capitan, miéntras yo espero
contándole los instantes.

IV

Volvió luégo el capitan,
Don Pedro lo miró bien.
—¿Ejecutadas están
mis órdenes ¡voto á San...!
—*Requiescat in pace.*
—Amen.

CECILIO NAVARRO.

GARIBALDI

Fieles á nuestro imparcial criterio de neutralidad, equidistante de todas las opiniones políticas, por ser exclusivamente literario, no podemos negar al héroe legendario que un tiempo llenó el mundo con su fama, un lugar destinguido en la galeria de hombres célebres abierta en LA ACADEMIA.

Marino en sus primeros años, por vocacion ó instinto de libertad, y avezado luégo á los azares y peligros del mar, que desarrollaron las tendencias de su indómito carácter, Garibaldi vino á ser en juventud más granada libre como el viento y enérgico, si no rudo, como la tempestad. Los aires revolucionarios, como los tempestuosos vientos, hubieron de halagar despues su frente, y pensando entónces en la libertad, entendió que no era una concesion de los opresores, sinó un derecho de los oprimidos, y se condolió de la humanidad y especialmente de su patria, victima siempre en la historia: el instinto era ya idea. Y más fuerte ahora que ántes, porque no era ya inconsciente, como otra ola del mar ú otra ráfaga del viento, juró al fragor de la tormenta, juró consagrarse y se consagró, en efecto, con tan grandiosa y formidable inspiracion á la libertad ó liberacion de los pueblos oprimidos poniendo su espada de fuego al servicio de esta causa.

Con este propósito y lleno siempre de fe, de entusiasmo, de abnegacion y de constancia, buscó guerras de independencia así en Europa como en América, dando en todas partes pruebas reconocidas é innegables de intrépido soldado y de no vulgar caudillo, mayormente cuando siempre hubo de combatir ó comandar en pugna con fuerzas superiores, así en organizacion como en número. Su famosa retirada de Roma y su no ménos célebre campaña de Nápoles, donde, con un puñado de aventureros, ganó todo un reino para la unidad italiana, son irrecusables testimonios de este aserto. No hay que hablar de su campaña de América llena toda de proezas, valerosas unas, caballerescas otras, dignas todas de un héroe de la Edad Media.

Realizado al fin el gran ideal que acariciaron siempre como en utópicos sueños los grandes patriotas italianos, (dicho sea con el respeto debido á los partidarios de la opuesta causa, pues nosotros ni quitamos ni ponemos rey aquí, como decirse suele, atenidos á nuestro carácter de meros narradores), Garibaldi, que habia contribuído á este triunfo con todos sus esfuerzos y áun con el mérito de la abnegacion que supone el sacrificio, si no de su idea, de su actividad republicana, á instancias de su amigo el Rey Caballero, dejó como Cincinato la espada por la esteva y se retiró á la isla de Caprera, donde tan querido y respetado por los reyes, como por los demócratas de Italia, vela por las libertades patrias, suspirando aún por la emancipacion de la llamada *Italia irredenta*.

De recordar es tambien en honra suya que, fiel como siempre á su eterna inspiracion, puso asimismo su espada al servicio de Francia luchando por su libertad é independencia contra el ejército invasor de Prusia.

Garibaldi, que no tuvo nunca á sus órdenes grandes masas, no pudo tampoco desplegar íntegramente los recursos estratégicos de su génio militar, ni ceñir, por consiguiente, los laureles de los grandes batalladores; mas como guerrillero, legará, nuevo Viriato, su lanza al templo de la fama y su nombre al de la inmortalidad.

GUILLERMO DE PRUSIA

Retrato del ántes rey de Prusia, hoy emperador de Alemania, es el magnífico grabado que aparece en la página 308. Aunque el retrato es una obra admirable en cuanto á parecido, aparte de otros primores artísticos que más y más lo avaloran, parece como que faltan dos rasgos característicos en esa fisonomía. No le falta ninguno, sin embargo: si al recordar la subterránea política de Prusia y los estragos de sus guerras espantables, no encontramos en el rostro de Guillermo nada de sinuoso ni de fiero, es que estos dos rasgos que busca al instante el espíritu, aunque aceptados, si así puede decirse, no son de la suya propia, sinó de las fisonomías de Bismark y de Moltke. De este modo no tiene la más leve falta la imágen, atento á similitud, quedando en toda su franca expresion de bondad, de benevolencia, de honradez, de *bonhomie*.

Por lo que hace al mérito propiamente de ejecucion, la finura de toques, la suavidad de sombras, los efectos de luz, el tono y dulzura del fondo, todo el trabajo del diseño, como la labor del grabado, hace de este retrato una bella obra de arte.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

Este personaje, que en poco tiempo ha subido á las primeras jerarquías sociales, merced á su indisputable talento y á su fortuna, indisputable tambien, entra como en su propia casa en nuestra galería de hombres célebres, ofreciéndonos para juzgarlo dos personalidades refractarias ó antitéticas: la literaria y la política. La literaria, ó más bien poética, es brillante, aunque dormida, por decirlo así, sobre sus laureles. En efecto, Ayala será siempre, doquiera se dé culto á las Musas castellanas, uno de nuestros primeros cómicos. No es un Calderon, aunque acaso hubiera podido serlo, sólo con más ó mejor estudio, ó siquiera con laboriosa actividad, que ésta tiene tambien su enseñanza: es una escuela hasta para los hombres vulgares, y una disciplina de espíritu, toda una filosofía para las altas inteligencias. Hubiera quizas podido serlo, decimos, con sólo esa espontaneidad, porque elevada concepcion, intencion filosófica ó profunda al ménos; sentimiento de afectos, conciencia de su idea, gallardía, entonacion, virilidad de frase, toques de efecto, de magia, de verdadero arte escénico, todo lo que informa una accion, todo lo que avalora el pensamiento dramático, todo eso está en las facultades de Ayala como en las de Calderon, aunque con el moho de unos instrumentos en desuso casi siempre. Y ahí están corroborando nuestro aserto *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y áun *Consuelo* con todos sus defectos. Son tres obras no más, pero obras maestras que pueden, sin demérito, ponerse en parangon con las mejores de todos nuestros clásicos.

Aunque en las obras de arte basta para nosotros la calidad, hay algunos entusiastas de nuestro gran poeta, que, ganosos de aplaudirlo con frecuencia, lo quisieran más fecundo, y explican su infecundidad con la indolencia ó abandono proverbial de su carácter, en cuya comprobacion cuentan anécdotas inverosímiles, aunque hasta cierto punto graciosas. Nosotros lo entendemos de otro modo, y lo explicamos con la segunda fase de su personalidad, con la perniciosa influencia de la arrastrada política, que en Ayala, como en todos los grandes poetas que se hacen políticos, ejerce y ha de ejercer fatalmente el efecto de una perversion de conciencia (artística, por supuesto). ¿Ni cómo pudiera ser otra cosa, si el poeta viene á ser un hombre divino, miéntras el político, á lo ménos en España, no es sinó un hombre... dejado de la mano de Dios?

Uno de nuestros más festivos escritores dijo á este propósito en un libro de facecias al debutar Ayala en esta otra escena de la vida pública, que como poeta habia hecho *El tanto por ciento*, pero que como político no hacia ni podia hacer más que el *Tonto por ciento*. No es tonto ni mucho ménos el político que ha tenido el talento necesario para llegar á ser ministro varias veces y es hoy todo un campanudo presidente de la Cámara; pero podemos apuntar un dato que interpretando de una manera aceptable chiste tan desenfadado, venga en apoyo de nuestra seria opinion. La primera produccion dramática de nuestro gran poeta, ya político, fué *El nuevo don Juan*, comedia tan trabajosa, como desdichada, que el mismo autor mandó retirar la noche de su estreno, como indigna de su nombre y reputacion.

Ha hecho, es verdad, ha hecho la *Consuelo*, metido ya en política hasta los ojos; pero cerrando los ojos para no ver más que el ideal de su antigua inspiracion, huyendo del Congreso, de Madrid, de la política para refugiarse en la soledad, obligado despues de todo por un compromiso de honor Y con todo eso, fué su parto más laborioso y ménos feliz que *El tanto por ciento* y que *El tejado de vidrio* ante la crítica imparcial.

¡Plugiera á Dios que nunca hubiera abierto los ojos á la vida pública, llena siempre de pecaminosas tentaciones, y siempre herida de fiebre que no es la de la inspiracion! ¡Cuánto se hubieran regocijado las Musas! ¡Cuánto hubiera tenido que admirar la sana crítica y cuánto que aplaudir el público entusiasta! Y al fin ¿para qué? Ministros de Indias ó *in partibus* no faltan, sobran en el esterilmente fecundo campo de nuestra política; faltan, sí, en la república de nuestras letras poetas como el ilustre autor del *Tanto por ciento*.

Hasta su cabeza, perfecta en estatuaria, tiene algo de olímpica que rechaza con cierto desden el espedienteo de los ministerios, el reglamento de las cámaras, las cábalas, insidias y hostilidades de la política militante. Por su cabeza Castelar es un tribuno, Prendergast un diputado, Cánovas un ministro, Posada Herrera un presidente. Pero Ayala... Ayala no puede ser más que un poeta. ¡Y se ha empeñado en ser político! ¡Dios se lo perdone! No queremos hablar de esta segunda personalidad en méritos de la primera.

El grabado de la página 309 de éste número, obra de verdadero mérito debida al mágico lápiz de nuestro gran Balaca, es el más fiel retrato del poeta político.

LOS PÁJAROS Y EL ESTÍO

El tiempo es una sucesion perpetua, donde giran como en una rueda, siguiendo una ley constante, todas las estaciones del año. Despues del estío el otoño, despues del otoño el invierno, despues del invierno el estío otra vez, precedido siempre de su bellísimo crepúsculo, digámoslo así, de la primavera, alba y aurora de ese gran día de tres meses, como quiera que no oscurece del todo por las noches, vestidas siempre de claro al reflejo de la luna y las estrellas y al brillo de los perdidos átomos del sol. Y viene el estío con sus doradas espigas, sus rubios racimos, sus pálidas pomas, sus carmíneas granadas y sus pájaros nuevos, alegres, juguetones, gárrulos, como tan bien hallados en su íntegra felicidad. ¿Ni para qué quieren más las aves del cielo? Sólo el hombre, necesita oro, para ser feliz: sinó que luégo que lo adquiere, á costa de tantos afanes, ve con todo el despecho de la decepcion, que no está en el oro la felicidad. Pero dejemos allá en el invierno las nubes y tempestades, y volvamos al estío, esa inundacion de luz que viene á dorar y embellecer la felicidad que basta á los pájaros y á los hombres de la naturaleza.

Este tiempo de plenitud, de abundancia, de verdadera belleza natural, es el asunto en buen hora elegido por el insigne dibujante de la escuela italiana, Giacomelli, para diseñar el paisaje que ofrecemos en las dos páginas fronteras de éste número (folios 311 y 312). Y á fe que sin gran esfuerzo, ántes bien con fácil espontaneidad, aunque tarea entretenida y laboriosa, ha ejecutado su empeño de arte con tanta habilidad como gracia.

LA NOVIA DE CORINTO

Tiene, en nuestro sentir *(salvo meliori)*, mucho mérito artístico el grabado que damos en la página 316, representando el bajo-relieve debido al cincel del hábil y meritísimo escultor Pablo Müller, autor de no pocas obras del mismo género, que le han valido justamente honra y provecho. *La Novia de Corinto*, como se titula este primor de arte plástica, es un poema en piedra, una leyenda interesante, todo un drama de amor. La idea no puede estar mejor concebida ni ser más feliz su ejecucion en ese grupo aéreo y poético de seres que se espiritualizan, que se evaporan y se pierden en una lágrima, en un suspiro, en un olor. Cuando juzgamos obras magistrales, y ésta lo es para nosotros, no descendemos nunca á detalles, siendo los grandes rasgos las formas de nuestro concepto. ¿Qué es al fin lo accesorio ante lo principal? Vemos aquí figuras tan bellas como simpáticas por su gallardía de formas, por su dulzura de expresion, por su sentimiento, verdad y pureza, y sólo sobre estos primores llamamos la atencion de los poco acostumbrados á juzgar obras de arte.

DIONISIO Y ARIADNA

El grabado que aparece en la página 317 de este número representa el magnífico fronton del teatro de Dresde, conocido por el grupo de Dionisio y Ariadna y sacado de una fotografía por uno de nuestros mejores dibujantes. Acaso hay cierta dureza en las sombras, que no es imputable al artista, por demas escrupuloso en la copia de un original bastante oscuro; pero con todo eso no deja de ser bello el conjunto por lo artístico de la composicion y la verdad y gracia de las figuras. No lo ofrecemos tampoco como una obra maestra, aunque en el original bien pudiera serlo, y lo es ciertamente al decir de los que han visitado aquel teatro.

Emilio Oliver y Compañía, Editores - Propietarios
Rambla de Cataluña, 36. Barcelona

Tipografía La Academia, de Evaristo Ullastres
Ronda de la Universidad, 96. Barcelona

GRABADOS.—POR ÓRDEN DE ASUNTOS

BELLEZAS DEL ARTE SUNTUARIO

Lámpara de estilo gótico 32
Instalaciones de tabacos habanos en la Exposicion Universal de Paris 128
Jarron construído por los señores Masriera de Barcelona. 221
Medalla conmemorativa de la inauguracion del monumento erigido por suscricion pública á la memoria de José Anselmo Clavé en el cementerio de Barcelona. 221
Llamador de una de las puertas del palacio de mossen Sorell en Valencia 224
Puerta superior de la escalera del palacio de mossen Sorell en Valencia 240
Puerta de San Juan ó del Paraíso en Florencia. 292

CUADROS, ESTATUAS Y OBJETOS

ARTÍSTICOS NOTABLES

Bonifacio VIII. Copia del cuadro del reputado pintor Andres Gastaldi. 4
La víspera de bodas, copia de un cuadro del célebre pintor Dieffenbach 8-9
Loke y Siguir, copia del célebre cuadro de M. I. Winge 20
El niño Mozart presentado por el archiduque José, copia del gran cuadro de E. Ender . . 40-41
Últimos momentos de Mozart, copia del famoso cuadro de Kaulbach. 44
Los despertadores, copia de un cuadro de Winczewski. 50
Juana Gheest junto á la cuna de su hija, cópia de un cuadro de Geertz 52
El Tocador, copia de un cuadro de Ch. L. Müller 57
¡Abandonada! copia de la notable composicion de Pedro Kramer. 68
Luis XVI y su familia durante el motin de Versalles, copia del inspirado cuadro de Benczur 72-73
La Belleza dominando la fuerza, célebre escultura de Venancio Vallmitjana 81
Maja, copia de una escultura de Agapito Vallmitjana 85
Manolo, id. de id. id. del mismo. 85
Lectura interesante, cuadro del pintor aleman C. Müller. 88
De caza, composicion del reputado pintor Cárlos Herpfer 89
Uriel Acosta y Judit de Straten, cuadro del pintor aleman Gottlieb 108
La visita de la Virgen á santa Isabel, tabla antigua 115
Carrera de carros en el circo romano, cuadro del profesor húngaro Alejandro Wagner . 120-121
La almea, cuadro del pintor L. Müller 124
Los judíos en oracion, cuadro de A. Schon . 136-137
Costumbres contemporáneas.—Vicio y virtud, cuadro de Hermann. 153-154
Recreos infantiles, cuadro de Rubens 157
Pablillos de Valladolid (bufon de Felipe IV), cuadro de Velázquez 161
Mártires cristianas en las catacumbas de Roma, cuadro de Isabel Jerichan Baumann 165
La aurora de la vida, grupo escultórico del célebre escultor Barcaglia 180
Plafon del jóven pintor Julio V. Berger . . . 181
Ecce Homo, cuadro de Guido Reni 193
El tañedor de laud, pintura de Probst 201
Barca pescadora, cuadro de Dalbono 204
Julieta y Romeo, cuadro de Jaime Bertrand . 216-217
La ceguera de amor, grupo escultórico de Barcaglia 220
Una rosa en peligro, cuadro de Cárlos Herpfer. 228
La florera de Trieste, cuadro de G. Schauer . . 229
Grecia; Roma; Italia; España; estatuas debidas al inspirado cincel del escultor aleman Echtermeyer. 252-253
La Gitana, cuadro del pintor Vaitag 261
Andrómeda, estatua 286
La novia de Corinto; bajo relieve de Pablo Müller 316
Dionisio y Ariadna; fronton del teatro de Dresde 317

DIBUJOS Y COMPOSICIONES ARTÍSTICAS

Alegoría del año. 1
La lectura, composicion de Smith 12
El tigre doméstico 35
Tipos de Madrid.—El Guardia municipal. . . 56
Á orillas de un río.—Apuntes del natural. . . 60
Serenata en Florencia (siglo XV) 04
Boceto para una decoracion. 92
Tirol.—La Croda rossa en el Valle de Ampezzo 100
Tirol.—Los tres peñascos en el lago Misurina . 101
El carnaval de los artistas en Dusseldorf, composicion de Gause 104-105
Al primer toque de cuaresma 109
Tipos literarios.—El café de Moratin 116
Marruécos.—El recaudador de contribuciones . 117
La fresera napolitana 133
Tipos de Madrid.—El cesante. El empleado . . 141
Almendros en flor 148
El traginero catalan. 150
Los pájaros y la primavera 168-169
Los perros 173
Un colegial de Ceuta 177
El lancero 188
El gaitero 192
El correo de amor 200
Paisaje de invierno 209
La prueba del anillo 213
El caique de Bósforo 220
Dama veneciana del siglo XVI 225
Una noche toledana 232
Jóven rumana. 236
Cuento pavoroso. 248-249
La niña jardinera 256
Tipos de Madrid.—El Albañil. 269
La Sultana 273
El esclavo de su culpa.—Acto segundo, escena octava, del drama de D. Juan Antonio Cavestany 280
La Amazona 281
Favoritas del Sultan 284-285
La ilusion de un artista 293
La Pubilla, tipo catalan 296
Tipos de Madrid.—Alguaciles. Maceros . . 300-301
Los pájaros y el estío 312-313

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS

Costumbres japonesas.—El día de año nuevo en el Japon 13
La navegacion aérea 16
Industria taponera 24-25
Aparato para la liquefaccion del hidrógeno . . 112
Escalera de Palacio en día de besamanos . . . 140
Banquete celebrado en Masnou por la Asociacion de Navieros de Barcelona 172
Alrededores de Madrid.—Inauguracion de la tranvía 188
Palacio de la Exposicion de Sidney (Australia) 197
Bendicion papal del dia de Pascua en la Basilica Vaticana 208
Expedicion al polo Norte. 276

RETRATOS

José Letamendi 17
Baldomero Espartero 21
Emma Wizjak 33
Manuel Milá y Fontanals. 65
Los hermanos Vallmitjana 85
Luis Muriel 93
Gustavo Moriami 93
Luisa D'Obigny Derval 96
Antonio Brusi y Ferrer 97
Emilio de Girardin 125
Don Luís I, rey de Portugal. 129
Arsenio Martínez Cámpos 145
Teófilo Braga 157
Fray Joaquin Juncosa 160
Miguel de Cervántes Saavedra 233
Antonio Robert 237
Juan Güell y Ferrer 241
José de Peñalver y Peñalver. 244
Schubert, maestro de música aleman 257
José de Cárdenas. 297
Garibaldi. 305
El Emperador Guillermo. 308
Excmo. Sr. D. Adelardo López Ayala 309

RECUERDOS Y MONUMENTOS DE ESPAÑA

Y DEL EXTRANJERO

Exposicion Universal de Paris.—Seccion española en el palacio del Trocadero 5
Ávila.—Iglesia de San Vicente 28
Barcelona.—Fiesta de caleseros. 26
Madrid.—El Espíritu Santo, iglesia donde primeramente estuvieron las Córtes 37
Madrid.—El Espíritu Santo, reformado para Congreso. 37
Madrid.—Obras de la Cárcel modelo 45
Valladolid.—Patio de la Capitanía general . . 53
Madrid.—Puerta del Angel 61
Toledo.—Puerta antigua. 61
Alrededores de Sevilla.—Paisaje del natural. . 69
República de Chile.—Vistas del Paseo y de la Alameda de Santiago 76
Un recuerdo.—Desfile de tipos extranjeros de la Exposicion de 1878. 77
Mataró.—Colegio de Valldemia 80
Barcelona.—Casa Lonja. Interior de la sala de contrataciones comerciales 84
Leganes visto desde el puente de Malpartida. . 93
Vista general de Móstoles 125
Alrededores de Avila 132
Nápoles.—El cráter del Vesubio 141
Madrid.—Fábrica de tabacos 149
Recuerdos de Andalucía 164
Catedral de Barcelona. 184-185
Cataluña.—Salinas de Cardona 189
Zaragoza.—Torre de San Miguel de los Navarros 196
Chile.—Palacio de la Exposicion 205
La galería imperial de Berlin 212
Leganes.—Vista exterior del manicomio . . . 236
Madrid.—San Antonio de la Florida. 237
Orillas del Bósforo.—Palacio del Sultan . . . 245
Constantinopla.—Una ceremonia en la mezquita de Santa Sofía 245
Ronda.—Monumento erigido al Excmo. Sr. Don Antonio de los Rios y Rósas. 260
Una calle de Venecia 264
Iglesia patriarcal de Venecia. 265
Palencia.—Recuerdos de Grijota 268
Iglesia de Villaverde 277
Vista general de Villaverde 277
Madrid.—Casa del célebre alcalde de Móstoles . 300
Madrid.—Fuente del Rey en Aravaca 301

FIN DEL TOMO V

Establecimiento tipográfico La Academia, de Evaristo Ullastres, Ronda de la Universidad, 96. Barcelona

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO V

POR MATERIAS

CIENCIAS

La ciencia de la vida y Claudio Bernard, por Pompeyo Gener 35
El distrito minero cobrizo de Huelva, por E. Delingy. 39
Seccion astronómica 63
Revista de ciencias, por el doctor Tithy . . . 70
Las dolomias del Valle de Ampezzo. 111
Observaciones astronómicas 112
La inteligencia de las hormigas, por don Santiago Arambilet 230
El fuego del cielo, por don Cecilio Navarro . . 234-253

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO

Industria taponera, por don E. Coromínas Cornell. 23
Aparato para la liquefaccion del hidrógeno . . 112
El banquete del Masnou, por don Eusebio Passarell Dirla 175
Costumbres populares. El tribunal de las aguas en Valencia, por G. Honorio. 215
Los grandes trabajos contemporáneos, por don Ricardo Becerro de Bengoa 226

BELLAS ARTES Y ARQUEOLOGÍA

Ponzano y su familia, por don Jerónimo Borao 6-19-83
Bonifacio VIII, cuadro de Andres Gastaldi . . 16
La víspera de la boda, cuadro de Dieffenbach . 16
Loke y Siguir. Cuadro de Winge. 31
Lámpara de estilo gótico construida por Isaura. 32
Opera italiana, por A. Fájas y Ferrer 46
Presentacion de Mozart, niño, en la corte de Austria, cuadro de Ender 48
Obras de la cárcel modelo 48
Los despertadores, cuadro de Winczewski . . 62
Juana Gheest, cuadro de Geertz 62
El guarda municipal, de Balaca 63
El tocador, por Müller 63
A orillas de un rio, por Riquer 63
Luis XVI y su familia, cuadro de G. Benczur . 79
¡Abandonada! cuadro de Kramer. 79
Los hermanos Vallmitjana, por don Eusebio Passarell y Dirla 95
Lectura interesante, cuadro de Müller. . . . 95
De caza, dibujo de Cárlos Herpfer 95
El carnaval, composicion de Cause 112
Oriel Acosta y Judit de Straten, cuadro de Gottlier 112
Visita de la Virgen á Sta. Isabel, por don Francisco M. Tubino 115
El recaudador de contribuciones marroquí, por don R. Balaca 127
Carrera de carros en el Circo romano, cuadro de Wagner 127
La fresera napolitana 143
Los judíos en oracion, composicion de Schon . 143
Escalera principal del Real palacio de Madrid. 143
Recreos infantiles, composicion de Rubens . . 159
Las relaciones entre Portugal y Alemania, por Fastenrath 163-195
Vicio y virtud, cuadro de Hermann 175
El traginero catalan. 175
Mártires cristianos en las catacumbas de Roma, cuadro de Isabel Jerichan. 191
Los pájaros y la primavera, composicion de Giacomelli 191
Un colegial de Ceuta, estudio de Muñoz . . . 191
La aurora de la vida, grupo del escultor Barcaglia 191
Plafon, del pintor Berger. 191
El lancero, dibujo de Balaca 191
Ecce homo, pintura sobre cobre, de Guido Reni 207
La catedral de Barcelona. 207
La bendicion papal. 207
El correo de amor 207
El tañedor de laud 207
Barca de pesca 207
Exposicion de Bellas Artes de la Academia libre de Sevilla, por don Claudio Boutelou. . . . 219
La ceguera de amor, escultura de Barcaglia . . 222
Julieta y Romeo, cuadro de J. Bertrand . . . 223
El caique del Bósforo 223
Dama veneciana del siglo XVI, retrato, por Cárlos Becker. 239
Una rosa en peligro, composicion de C. Hepfer. 239
La florera de Trieste, cuadro de Gustavo Shaner 239
Noche toledana, composicion de R. Balaca . . 239
Retrato de Cervántes, por García. 239
Retrato del Conde de Peñalver, por Mr. Tilly . 254
Constantinopla. Palacio del Sultan 254
Constantinopla. Santa Sofía. 254
Cuento pavoroso, composicion de R. Xobet . . 254
Estatuas del Museo de Cassel 254
Schubert, maestro de música aleman 270
Una calle de Venecia 270
La patriarcal de Venecia. 270
El albañil, tipo madrileño, dibujo de Balaca . 270
Mujeres del Serrallo 286
La amazona, cuadro del pintor Horacio . . . 286
Recuerdos de Lisboa, por don Claudio Boutelou 300
Andrómeda, estatua de Albacini 302
Puerta de San Juan en Florencia. 302
La pubilla, dibujo de Torrescassana. 302
Los pájaros y el estío, composicion de Giocomemelli. 320
La novia de Corinto 320
Dionisio y Ariadna 320

RECUERDOS Y MONUMENTOS DE ESPAÑA

Y DEL EXTRANJERO

El convento del Espíritu Santo 48
Puerta del Angel en Madrid 63
Puerta antigua en Toledo 63
La Lonja de Barcelona 94
Vista general de Móstoles 128
Fábrica de tabacos de Madrid 191
San Miguel de los Navarros en Zaragoza . . . 207
El palacio de la Exposicion de Sidney 207
Palacio de la Exposicion de Chile 207
San Antonio de la Florida 239
Monumento erigido á don Antonio de los Rios y Rosas 270
Casa del célebre alcalde de Móstoles 302

LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA

Escenas florentinas, por E. Castelar. 3
Pensamiento, por don Antonio Cánovas del Castillo 7
Movimiento intelectual de las provincias, por don Fermin Herran. 11-26-46
La lectura, por don Federico Valcárcel. . . . 15
Hoja suelta, por el marques de Molins. . . . 22
Las suegras, por don Enrique G. Bedmar . . 23
Máximas Morales, por don Ramon de Campoamor 39
El tranvía, por don Manuel Fernández y González 42
Mozart, poema dramático, por Pouchkine . . . 43
El gato de Wittingdon, por don José Mariano Vallejo 47
Estudios de poesía latina, por don Juan Quiros de los Rios 54
Una obra y una mujer, por don Enrique G. Bedmar. 58
El salto de la novia, por don A. Sánchez Ramon 71-107
Pensamientos, por don Manuel del Palacio . . 74
¡Un imposible! por doña Salomé Nuñez y Topete (continuacion) 90-123
Pensamientos, por don Tomas Rodríguez Rubí 94
Recuerdos de Suiza, por don Augusto Jerez Perchet 107-154
Góngora. Bosquejo literario, por don Enrique de Sierra Valenzuela. 118
Historia del arte, por don Juan Fastenrath . . 131
La Rusalka, poema dramático de Pouchkine. 144-158
Un hallazgo literario, por don José María Asencio 147
Libros de versos, por don Francisco María Tubino 167
El realismo en el arte. 174
Estudios sobre la América del Sur. (Conclusion), por don Camilo E. Estruch 203
El estudio, por doña Concepcion Gimeno. . . 218
De algunas palabras y frases anticuadas, etc., por don Rafael Luna 131-147-295-314
La gloria, por don Emilio Cirugeda Ros . . . 250
Guerra á muerte, por don E. Moreno Godino 251-266-282-299-318
Alberto Durero en Venecia. Bosquejo histórico. 263
Alí-Bey, por don Federico Valcárcel . . 275-294-311
Crónica del movimiento intelectual de las provincias, por don F. Herran 278

POESÍA

El pinar, por don José Zorrilla. (Conclusion). 14
Impresiones sobre un paisaje, por don Cecilio Navarro 14
La vida y la muerte. Soneto, por don Alfonso E. Ollero. 15
A C., por don José Gûell y Renté 30
Post nubila Phœbus, por don Arturo Cuyas. . 30
Amenazas, por don Jesus Cencillo 30
Madrigal, por don José de Espronceda 39
A. C., por don José Gûell y Renté. 47
Seguidillas, por el mismo 63
¡.....! Por don Julio Puig Pérez 63
A Babilonia, por don Plácido Langle 78
Un voto por mi patria. 78
Serenata, por don Plácido Langle 94
Rompiendo una amistad, por don Manuel del Palacio 94
Miércoles de ceniza, por don Cecilio Navarro . 110
Cárlos V en Argel, por don Fernando Martínez Pedrosa 110-126
La tragedia de Llivia, por don Víctor Balaguer. 139
A la juventud, por don Plácido Langle. . . . 175
Oda, por don Cecilio Navarro 206
A Dios, por Velarde 222
La primera cana, por don Augusto Jerez Perchet. 238
La amistad, por don Jesus Cencillo 238
Recuerdos, por don Juan de Dios Pera. . . . 239
Incertidumbre. Soneto, por don Enrique de Sierra Valenzuela. 254
A Lisboa, por don Francisco Añon 267
Los dos rivales, por don Cecilio Navarro. . . 267
Juez y testigo 283-298-310
Ver y creer, por don J. Campo Arana 283
La ilusion de un artista, por doña Aurora Rosales 293
*** por P. Langle 299
Cántigas, por Crelion Acivaro 302

HECHOS HISTÓRICOS.—ACTUALIDADES

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS

Semana histórica 2-17-34-50-65-82-97-114-130-145-161 177-194-210-242-257-273-289
Necrologia extranjera de 1878, por don Felipe Picatoste 7
La exposicion retrospectiva española 16
La navegacion aérea 16
La quincena parisiense, por A. B. 27-59-87-122-171 188-220-278
Alegoría de la fiesta de las tres vueltas (Los tres toms) en Barcelona 31
Las corridas de toros. (Continuacion), por don Eusebio Font y Moreso. 38-67-99
Emma Wizjak. 47
Necrologia. Escritores españoles. 1878, por don M. Ossorio y Bernard 55-102
Un recuerdo. Desfile de tipos extranjeros de la Exposicion de 1878 79
Don Luis Muriel y Amador. 95
Al primer toque de cuaresma 112
Necrologia. Artistas españoles muertos en 1878 por don M. Ossorio y Bernard 135
Tipos de Madrid. 143
El gran mundo en el invierno, por don Ricardo Becerro de Bengoa 179
Medalla conmemorativa de don J. A. Clavé . . 222
Las fiestas latinas de Montpeller, por don Francisco Matheu y Fornells 223
Don Antonio Robert 239
Expedicion al Polo Norte. 286
El esclavo de su culpa 286
Los toros, por don José C. Bruna 291
A Heráclito, por Demoráclito 366

NOTABILIDADES CONTEMPORÁNEAS

El general Espartero 19
El doctor don José de Letamendi, por don Eusebio Passarell Dirla 30
Doctor don Manuel Milá y Fontanals, por don Cayetano Vidal y Valenciano 70-86
Don Antonio Brusi y Ferrer, por don José Pujol Fernández 111
Emilio de Girardin. 128
Luis I, rey de Portugal 143
El general Martinez Campos 159
Juan Valera, por don Fermin Herran 186
Don Juan Gûell y Ferrer, por don Eusebio Font y Moreso. 243-259
Excmo. señor don José de Cárdenas. 302
Garibaldi. 320
Guillermo de Prusia 320
Adelardo López de Ayala 320

MISCELÁNEA

Le printemps de Paris. 31
El tigre doméstico 48
Libros recibidos en esta redaccion 48
Serenata en Florencia. Muestra de las láminas de la novela *Fra Filippo Lippi*. 64
Bibliografia 74
El Colegio de Valldemia, por don Luciano García del Real 75
Alrededores de Sevilla. 79
La ley de las compensaciones, por García del Espinar 87
Bibliografia, por don Luis Balaca y Gilaber. . 91
Gustavo Moriami 96
Vista general de Leganes 96
Luisa D'Ovigny Derval 96
Recuerdos artísticos de Roma. La Cervara, por J. Moja y Bolivar. 103
Bibliografia 112
Sueltos 127
El cafe de Moratin 127
La almea 128
Fábrica de tabacos de Partega 128
Marina de guerra, por don Adolfo Reinoso . . 138
Alrededores de Avila 143
Sueltos sobre el cráter del Vesubio y el *Romeo y Julieta* 143
Bibliografia, por don Leopoldo Bremon . . . 155
Cardona, por don Cayetano Cornet y Mas . . 190
Recuerdos de Andalucía 191
Los perros 191
Ganas de hablar, por don Luis Barthe. . . . 211
Cuadros del natural, por doña Margarita Van Halen de Corradi. 236
Jóven rumana, episodio de la guerra de Oriente 239
Manicomio de Leganes 239
Bibliografia 255
Los maceros del ayuntamiento de Madrid . . 302
Fuente del Rey en Aravaca 302

POR AUTORES

A. B. Quincena parisiense. 27-59-87-122-171-188-220 278
Añon (Francisco) A Lisboa (Poesía) 267
Arambilet (Santiago) La inteligencia de las hormigas 230
Asencio (José María) Un hallazgo literario . . 147
Balaca y Gilaber (Luís) Bibliografía 91
Balaguer (Victor) La tragedia de Llivia. . . . 139
Barthe (Luis) Ganas de hablar. 211
Becerro de Bengoa (Ricardo) El gran mundo en invierno 179
—Los grandes trabajos contemporáneos . . . 226
Bedmar (Enrique G.) Las suegras 23
—Una obra y una mujer 58
Hemos adelantado. 318
Borao (Jerónimo) Ponzano y su familia . . . 6-19-83
Boutelou (Claudio) Recuerdos de Lisboa. . . 300-315
—Exposicion de Bellas Artes en la Academia libre de Sevilla 219-315
Bremon (Leopoldo) Bibliografía 155
Bruna (José C.) Los toros. 291
Campoamor (Ramon de) Máximas morales . . 39
Campo Arana (J.) Ver y creer 283
Cánovas del Castillo (Antonio) Pensamientos . 7
Castelar (Emilio) Escenas florentinas 3
Cencillo (Jesus) Amenazas. Poesía 30
—La Amistad. Soneto 238
Cirugeda Ros (Emilio) La gloria 251
Cornell (E. Corominas) Industria taponera. . 22
Cornet y Mas (Cayetano) Cardona 190
Crelion (Acivaro) Cántigas 302
Cuyas (Arturo) Post nubila Phœbus. Poesía . . 30
Deligny (E.) El distrito minero cobrizo de Huelva 39
Espronceda (José) Madrigal 39
E. Estruch (Camilo) Estudios sobre la América del Sur 203
Fastenrath (Juan) Historia del arte. 131
—Relaciones entre Portugal y Alemania. . . 163-195
Fernández y González (Manuel) El tranvía . . 42
Ferrer (A Fájas y) Opera italiana 46
Font y Moreso (Eusebio) Las corridas de toros 38-67-99
—Don Juan Gûell y Ferrer 243-259
García del Real (Luciano) El colegio de Valldemia 75
García del Espinar. La ley de las compensaciones 87
Gener (Pompeyo) La ciencia de la vida y Claudio Bernard. 35
Gimeno (Concepcion) El estudio 218
Gûell y Renté (José) A. C. Poesía 30
—A. C. Poesía. 47
—Seguidillas 63
Herran (Fermin) Movimiento intelectual de las provincias 11-26-46-278
—Juan Valera 186
Honorio (G.) Costumbres populares. 215
Jerez Perchet (Augusto) Recuerdos de Suiza . 107-154
—La primera cana. Poesía 238
Langle (Plácido) A Babilonia. Poesía 78
—Serenata 94
—A la juventud. Poesía 175
—*** Poesía 298
Luna (Rafael) De algunas palabras y frases anticuadas que áun son de uso corriente en la Provincia de Salamanca 231-247-295-314
Martínez Pedrosa (Fernando) Cárlos V en Argel. Romance 110-126
Matheu y Fornells (Francisco) Las fiestas latinas de Montpeller. 223
Molins (Marques de) Hoja suelta 22
Moreno Godino (F.) Guerra á muerte 251-266-282-299-318
Moya y Bolívar (F.) Recuerdos artísticos de Roma. La Cervara 103
Navarro (Cecilio) Impresiones sobre un paisaje. Poesía 14
Miércoles de ceniza. Letrilla 110
—Oda. 206
—El fuego del cielo. 234-253
—Los dos rivales. Romance caballeresco . . . 267
—Juez y testigo 283-298-310
Nuñez y Topete (Salomé) ¡Un imposible! Novela. 90-123
Ollero (Alfonso E.) La vida y la muerte. Soneto 15
—La primera causa. Soneto. 63
Ossorio y Bernard (M.) Necrología. Escritores españoles de 1878 55-102
—Necrología. Artistas españoles 135
Palacio (Manuel del) Pensamientos. 74
Passarell Dirla (Eusebio) El doctor don José de Letamendi 30
—Los hermanos Vallmitjana 95
—El banquete del Masnou 175
Peza (Juan de Dios) Recuerdos. Poesía. . . . 239
Picatoste (Felipe) Necrología extranjera de 1878 7
Puig y Pérez (Julio) Poesía 63
Pujol y Fernández (José) Don Antonio Brusi y Ferrer. 111
Pouchkine (A.) Mozart 43
—La Rusalka 144-158
Quiros de los Ríos (Juan) Estudios de poesía latina 51
Reinoso (Adolfo) Marina de guerra 138
Rodríguez Rubí (Tomas) Pensamientos. . . . 94
Rosáles (Aurora) La ilusion de un artista . . 293
Sánchez Ramon (A.) El salto de la novia . . . 71-107
Sierra Valenzuela (Enrique) Góngora. . . . 118
—Incertidumbre Soneto 254
Doctor Tithy. Revista de ciencias 70
Turino (Francisco María) Visita de la Virgen á Santa Isabel. 115
—Libros de versos 167
Valcárcel (Federico) La lectura 15
—Ali-Bey 275-294-311
Vallejo (José Mariano) El gato de Witingdon. . 47
Van-Halen y Corradi (Margarita) Cuadros del natural 236
Velarde. A Dios. Poesía 222
Vidal y Valenciano (Cayetano) El doctor don Manuel Milá y Fontanals 70-86
Zorrilla (José) El pinar. Poesía. Conclusion . 14